

Selección **TERROR**

HORROR A LA VISTA

Ada Coretti

SOLO MAYORES DE 18 AÑOS



Selección **TERROR**

HORROR A LA VISTA

Ada Coretti

SOLO MAYORES DE 18 AÑOS



ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCION

511 — *El final del laberinto*. Clark Carrados.

512 — *El amigo de las culebras*, Joseph Berna.

513 — *Hablaba desde el Más Allá*, Ada Coretti.

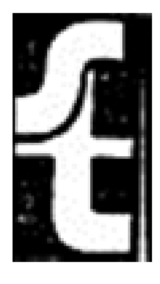
514 — *La muerte gris*, Burton Hare.

515 — *Cuando tiemblan los Cipreses*, Curtis Garland.

ADA CORETTI

HORROR
A LA VISTA

Colección
SELECCION TERROR n.
° 516
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA — BOGOTA — BUENOS AIRES — CARACAS — MEXICO

ISBN 84-02-025064
Depósito legal: B. 38.314 1982

Impreso en España —Printed in Spain

1. ª edición en España: enero, 1983
1. ª edición en América: julio, 1984

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. *A.***
Parets del Valles (N-152, Km 21,650) Barcelona —1983

PROLOGO

Una sensación de miedo, de pánico, planeaba como un siniestro cuervo en el ánimo de lord Wanley. Era una angustiosa sensación, que no podía evitar desde que Elisabeth, su única hija, había decidido casarse a medianoche.

A la hora de los fantasmas.

En la capilla particular del castillo de Wanley, por descontado. Donde siempre se habían casado todos los Wanley, aunque, como es lógico, a horas menos intempestivas.

Elisabeth quería desafiar y reírse de los comentarios que aseguraban que su primo Dennis, su antiguo novio muerto en trágicas circunstancias, vagaba por las noches por el castillo jurando que ningún hombre se casaría con la mujer que le había sido destinada.

—No me gusta la hora que has elegido para casarte... —lord Wanley se lo dijo a su hija poco antes de la ceremonia.

Lord Wanley se había acercado a ella impulsando hacia, adelante su sillón de ruedas.

—¿Qué hay de malo en esto? —se rió Elisabeth—, Yo no tengo miedo a Dennis...

¿Acaso tú sí? Sí, ya veo, padre, te asusta la idea de volver a verle...

—Es mala cosa mofarse de los muertos —dijo lord Wanley—. Desde luego — reconoció tras un visible estremecimiento—, me asusta pensar que pueda aparecer de nuevo...

—¡Si está muerto! —exclamó ella—. Le vimos sin vida metido en el ataúd, y fuimos a su entierro, y la losa cubrió el sepulcro... ¿Qué más te hace falta para saber que su mundo ya no es el nuestro?

—¿Y si fuera cierto lo que más de uno asegura? —inquirió lord Wanley —. ¿Y si, en efecto, por las noches...?

—Si vaga por las noches entre estas moles de piedra, entre estos inacabables corredores, lo sabremos hoy... —volvió a reírse Elisabeth—. Porque esta noche estaremos todos por aquí... Sí, todos... Nuestros invitados, mi futuro marido, tú, yo...

—Si convertido en fantasma apareciera ante ti ansioso de venganza, ¿qué podría hacer yo? —se lamentó lord Wanley—. No puedo moverme de este maldito sillón.

—Padre, no tendrás que hacer nada —esta vez Elisabeth intentó tranquilizar a su padre, viéndole, sin duda, demasiado agitado—. Dennis sigue en su tumba, metido en su ataúd, convirtiéndose en cenizas...

—Pero ¿y si apareciera de nuevo? ¿Quién te iba a defender, hija mía? Tu futuro marido no creo que lo hiciera... Es un hombre débil, pusilánime...

—Tiene una inmensa fortuna —puntualizó Elisabeth—. Es lo que nos interesa, porque estamos arruinados... Y se trata de conservar nuestro rango, nuestra vida en sociedad...

Se trata —amplió—. De conservar este viejo castillo que según dicen hasta tiene su fantasma...

—¡No bromees, Elisabeth! —se angustió lord Wanley.

En aquel momento fueron encendidas las luces de la amplia y majestuosa capilla.

Magníficamente alfombrada, llena de perfumadas flores traídas de muy lejos.

Pero también, en aquel mismo momento, un relámpago refulgió en las alturas del cielo.

Instantes después llegaba el trueno, fragoroso, ensordecedor.

El sonido de la lluvia se hizo repentino, empezando ésta a martillear con fuerza e insistencia en las vidrieras de la capilla, por donde caía, resbalando, emborronando la visión.

—Parece como si se tratara de un aviso... —musitó lord Wanley tragando la saliva con dificultad.

De nuevo se vislumbró una luz cegadora, blancoazulada, en lo alto del cielo, y el estrépito del rayo, que cayó muy cerca, lo sacudió todo, incluso aquel castillo que tenía varios siglos de existencia.

El estallido de esta nueva descarga eléctrica arrancó un sobresalto a los presentes, pero sólo fue un momento, claro, no había por qué asustarse de una simple tormenta.

Empezó la ceremonia poco después.

Y todo fue bien hasta que el sacerdote dijo:

—Y os declaro marido y mujer...

De súbito, entonces, se apagaron las luces, y algún que otro gritito surgió de entre los invitados. Mejor dicho, de entre las invitadas a la lujosa ceremonia. Los caballeros habían conseguido controlarse.

Por lo demás, no habían quedado en una total oscuridad. Había candelabros encendidos

y la luz de sus velas, aunque tenue, difusa y temblorosa, resultó suficiente para que las sombras no fueran absolutas.

Pero ¿qué era lo que ahora veían avanzar por el pasillo central, camino de

la hermosa muchacha vestida de novia?

Era un bulto blanco, que seguía adelantando, que no se detenia...

Se había hablado demasiado del fantasma del castillo para que, en las actuales circunstancias, alguien pudiera pensar en otra cosa. Así que todos se quedaron convencidos de que el muerto estaba allí y de que lo más rezonable era retroceder, dejarle expedito el paso.

Elisabeth desorbitó los ojos.

La visión blanca, que avanzaba hacia ella, le hizo sentir el miedo que nunca hasta entonces había sentido por nada ni por nadie.

—Defiéndeme... —murmuró.

No se supo si se lo decía a su marido o si se lo decía a su padre, al paralítico lord Wanley cuyo sillón de ruedas se hallaba situado muy cerca de allí.

El hombre que había jurado que la amaría siempre no la oyó, o hizo ver que no la oía.

Aquello era un fantasma... El fantasma de Dennis, el antiguo novio de Elisabeth. Tal vez pensó que le faltaba valentía para enfrentarse a un ser del otro mundo. Fue, pues, uno más a retroceder.

Elisabeth siguió donde estaba, inmóvil, paralizada. La dolorosa sensación de miedo, de pánico, que antes planeaba como un siniestro cuervo en el ánimo de lord Wanley, ahora se le había incrustado a ella en el corazón.

El fantasma, o el bulto blanco, o lo que fuera aquello, que a ciencia cierta aún nadie lo sabía, estaba ya allí. Lejos de los demás. Porque los demás, todos, habían retrocedido prudentemente.

Sólo lord Wanley, maniobrando su sillón de ruedas, se antepuso a la espeluznante aparición. Lo hizo, empero, con un miedo tan grande que ni la respiración le cabía en el pecho.

Para que el ambiente estuviera acorde, la lluvia no desistía de martillear en los ventanales de la capilla, y en el cielo los rayos se cruzaban y entrecruzaban como en una diabólica e infernal danza.

—No tocarás a mi hija... —afirmó lord Wanley.

El bulto blanco no habló, no dijo nada. Lo que bien mirado tampoco sorprendió a nadie.

¿Acaso hablan los fantasmas? No, claro que no. Y desde luego se trataba de un fantasma.

¿De qué otra cosa podía tratarse?

El bulto blanco hizo un movimiento rápido, y se oyó un ahogado gemido. Era lord Wanley quien lo había proferido.

El cuerpo del paralítico se desplomó en el suelo. Y allí quedó tétricamente inmóvil, boca arriba, con el cuello cortado de un extremo al otro,

de oreja a oreja.

Una nueva luz blancoazulada acababa de rasgar el cielo y de penetrar por las vidrieras de la capilla, así que los presentes pudieron ver, por unos instantes, si bien por unos instantes brevísimos, el horrible espectáculo. Lord Wanley acababa de morir del modo más horrendo, más aterrador.

Vieron también al fantasma.

Pero no, ciertamente no se trataba de un fantasma.

Elisabeth se puso a gritar como una loca. Como una auténtica loca.

Hubiera preferido vérselas con su primo Dennis. ¡Oh, sí, mil veces antes con su primo Dennis!

Aquel hombre era Morris Quinn. ¡El asesino, convicto y confeso, que había sido condenado a la silla eléctrica! Tenía seis violaciones y otras tantas muertes en su haber.

No así, evidentemente, en su conciencia. Porque su conciencia era harto cruel, perversa y sinuosa, por lo que no sentía el menor remordimiento por los crímenes que había cometido. Había asegurado a lo largo de su juicio que si conseguía escapar seguiría actuando del mismo modo que lo había hecho hasta entonces.

Y Morris Quinn, que efectivamente unas semanas antes había logrado evadirse de la cárcel en la que se hallaba esperando el cumplimiento de su sentencia, ahora estaba allí...

Huyó de la cárcel un lunes por la noche, siendo visto y acorralado en una de las calles de Nueva York. En su honor hubo un auténtico despliegue policial. Pero no consiguieron detenerle, se escapó por una de las cloacas y terminó esfumándose en Harlem, el barrio negro. Más tarde, según los periódicos londinenses, Morris Quinn había conseguido dejar el continente americano. Ultimamente se le había visto en Londres.

Morris Quinn era un hombre de unos treinta años, de regular estatura, de complexión normal. Tenía el cabello pelirrojo, espeso y crespo. Las cejas también eran rojizas, muy pobladas. Estas le conferían un aspecto de diablo. Pero lo que resultaba inquietante en él era el corte profundo que surcaba la parte derecha de su rostro, llegaba hasta la comisura de su boca y la torcía hacia arriba en un gesto a la vez grotesco y escalofriante. Sin duda para disimular el surco que cruzaba su cara solía llevar barba de varios días.

Sí, ahora Morris Quinn estaba ante la bella Elisabeth, en la capilla particular del castillo.

Acababa de dar muerte a lord Wanley.

Elisabeth se sentía aterrorizada, pues le había reconocido. No en vano los periódicos de la ciudad habían reproducido constantemente su fotografía.

Sí, se sentía aterrorizada...

Su padre estaba en el suelo, sin vida. Y su padre era el único en quien

ciertamente hubiera podido confiar. Los demás habían retrocedido.

Lo habían hecho creyendo que se trataba de un fantasma, pero ahora que sabían que se trataba de Morris Quinn seguían quietos, sin moverse. Más sin moverse y más quietos que antes.

—Ven conmigo —dijo Morris Quinn.

—No, no... —se negó Elisabeth.

—Obedéceme o te cortaré el cuello como a tu padre...

Y el cuchillo ensangrentado brilló macabramente entre las sombras.

Luego la cogió por una mano y estiró de ella.

Elisabeth esperó que alguien saliera en su ayuda. Pero lo esperó inútilmente. Todos seguían donde estaban, incapaces de reaccionar.

Aquel hombre acababa de aparecer vistiendo una gabardina de color hueso y sombrero de igual color, de ello que su sombra, entre las sombras, resultara un bulto blanquecino, algo parecido a un fantasma.

Pero no, no era un fantasma. Era algo peor que eso.

Elisabeth se vio arrastrada por el alfombrado pasillo, hacia la salida de la capilla.

Poco después, tras cruzar un par de corredores y la galería de cuadros, la muchacha se vio pasando por el gran vestíbulo y saliendo del castillo.

Allí fuera estaban los modernos y lujosos coches de los invitados que se habían visto sorprendidos por la tormenta. La lluvia caía incansablemente sobre ellos.

Uno de aquellos coches, sin embargo, no pertenecía a ninguno de los invitados a la ceremonia. Pertenecía a Morris Quinn, por lo menos en él había llegado hasta allí. Y con él iba a irse.

Lo haría acompañado de una de las muchachas más hermosas de la sociedad inglesa, la hija de lord Wanley.

—No, no... —se resistió Elisabeth a seguirle.

—¿Te disgusta mojarte? —se le burló el hombre pelirrojo, de aspecto terriblemente amenazador—. Pues date cuenta, no te toca otro remedio, monada.

Le dio un fuerte empujón y la lanzó hacia adelante. En seguida, no obstante, la sujetó por un brazo. No quería que pudiera intentar algo.

—¿Qué pretende hacer conmigo...?

Elisabeth apenas tenía voz, solo le quedaba un débil y quebradizo hilo.

—¿No lo adivinas? —se le burló de nuevo—. ¡Sí que tienes poca imaginación!

Ya junto al coche, bajo la persistente lluvia, Morris Quinn abrió la portezuela y la hizo entrar. Le obligó a hacerlo.

Elisabeth miró hacia el castillo, confiando aún en que alguien saliera en su ayuda. Pero no vio a nadie. Absolutamente a nadie.

El coche arrancó y una vez ya en la carretera adquirió una velocidad endemoniada.

Los cabellos de Elizabeth caían mojados y lacios a ambos lados de sus mejillas y sus ropas se habían quedado empapadas de agua. Además, el pánico se reflejaba en su rostro, en su expresión. Ya no era la muchacha que todos conocían y envidiaban.

El viaje duró bastante.

Elisabeth Wanley no hubiera sabido decir cuánto. Para ella aquél fue un rato inacabable, una agonía espantosa.

¿Qué suerte le esperaba en manos de aquel hombre, un siniestro asesino que había violado y matado a seis muchachas? Sin duda algo parecido pensaba hacer con ella...

Cuando el coche se detuvo ante un bonito chalet, Elisabeth se sintió sorprendida. No se había dado cuenta de que la tormenta había cesado, ya ni siquiera llovía. Incluso el cielo se había aclarado y brillaba pestañeante alguna que otra estrella.

—Este chalet es mío —oyó que le decía Morris Quinn.

Pero no la llevó al interior del chalet, que tenía aspecto de ser sumamente acogedor, sino hacia la parte de atrás, donde había una pista de tenis y una piscina de proporciones más que considerables.

—Ven aquí.

—Estoy calada... estoy tiritando... —dijo Elisabeth, deseando, cuando menos, encontrarse en medio del calor de una decorosa calefacción.

—Ven aquí —repitió Morris Quinn, y medio la arrastró hacia la piscina.

—¿Qué pretende? —se angustió Elisabeth—. Dígame lo que pretende de mí...

—Que hagamos el amor —dijo Morris Quinn—, Aquí mismo, muy cerca de la piscina...

¿Sabes?, en ningún otro sitio me gusta más hacer el amor. Anda, empieza a quitarte la ropa...

—No quiero..., no quiero...

Elisabeth se negaba a claudicar, pero lo hacía de un modo poco convencido.

—¿Qué te pasa? —barbotó Morris Quinn, demostrando que la paciencia no era su fuerte—. ¿Prefieres que sea a la fuerza? ¿O acaso es que te gusta hacer el amor con más luz...?

Sin esperar que Elisabeth respondiera, se alejó un poco y le dio a un interruptor. Al instante se encendieron varias luces de colores. Todo cobró de

pronto un tinte alegre, vistoso.

—¿Lo prefieres así? — preguntó Morris Quinn.

Elisabeth se había quedado como desquiciada, con los ojos clavados en la piscina. Allí se movía algo. Algo que daba continuos coletazos.

—Son caimanes —Morris Quinn se echó a reír a carcajadas—. Están nerviosos... Hace varios días que no comen...

Elisabeth sintió que las rodillas le flaqueaban y que su vestido blanco, empapado de la lluvia, se mojaba también con su propio sudor.

—Estoy cansado de que las muchachas se me resistan... —repuso Morris Quinn—, Estoy harto de verme obligado a violarlas... Ahora quiero sentir otra clase de placer... El placer de sentirlas dulces y cariñosas entre mis brazos... Para eso he colocado aquí a estos caimanes... Ellos me ayudan a que las chicas no sean rebeldes...

Elisabeth sentía un miedo inmenso, desbordante, y no acertaba a disimularlo.

—¿Vas a desnudarte de una vez o tendré que esperar toda la noche? —se impacientó Morris Quinn.

La muchacha empezó a desabrocharse el vestido, no dándose cuenta, en realidad, ni de lo que hacía. Actuaba maquinalmente. Sentía que la sangre se le había coagulado en las venas.

—Esos cocodrilos... —acertó finalmente a murmurar.

—Son caimanes, no es lo mismo —repuso Morris Quinn. Y le explicó—. El caimán se diferencia del cocodrilo porque el cuarto diente de su mandíbula inferior, de cada lado, encaja dentro de un alveolo de la mandíbula superior y como consecuencia uno y otro no resultan visibles cuando cierra la boca...

Elisabeth seguía tiritando. De frío, y de miedo, y de espanto, y de mil sensaciones parecidas.

Los caimanes se removían inquietantes en el agua de la piscina. Daban continuos coletazos y entreabrían sus enormes mandíbulas, voraces y demoledoras.

Elisabeth se había desnudado. Un cuerpo joven, perfecto, de piel suave y tentadora.

—Tiéndete al mismo borde de la piscina —ordenó Morris Quinn—. Que veas a los caimanes mientras te poseo...

—Sí, sí —aceptó ella—. Lo que usted diga... Lo que usted quiera...

Pero de pronto no pudo resistirlo y se puso a gritar. Destrozó, rasgó materialmente su garganta en aquel intento de hacerse oír por alguien. Gritó tan fuerte que hasta acabó saliéndole un chorrito de sangre por la comisura de los labios.

Poco después estaba echada junto a la piscina, haciendo el amor con

aquel hombre pelirrojo que aún en medio del placer le miraba como augurándole que aquello, con ser malo para ella, no iba desde luego a ser lo peor.

Lo peor llegaría después. Cuando ya le hubiera hecho el amor.

Ese momento no tardó en llegar, y entonces, de un empujón, sin esperar a más, Morris Quinn tiró a Elisabeth al agua de la piscina.

Y los caimanes, hambrientos, famélicos, se precipitaron hacia ella con las mandíbulas abiertas, a la vista sus inquietantes filas de dientes.

Esta vez Elisabeth soltó un alarido espantoso, espeluznante, aterrador. Un alarido como para romper, como para destrozar, como para reventar los tímpanos a cualquiera.

Luego, ya con las piernas en medio de una de aquellas terribles mandíbulas, se desmayó.

Pero antes de desmayarse había oído el crujido de sus propios huesos al ser triturados.

CAPITULO PRIMERO

Natalie Cowers se levantó del silloncito y apagó el televisor.

Estaba ya cansada de aquella serie. Una serie que no era más que un modo como otro de comercializar un hecho real, sacándole todo el partido posible, lo que, evidentemente, se traducía en pingües ganancias para los productores.

Morris Quinn era un personaje auténtico. Un peligroso psicópata que había tenido en vilo a la ciudad americana donde residía y que luego de violar y asesinar a seis muchachas finalmente fue detenido en Nueva York. Tras el juicio, fue condenado a la silla eléctrica.

Ahora bien, en la realidad Morris Quinn se apellidaba Quinnson. En esto estribaba la única diferencia. Diferencia que no impedía que la alusión quedara perfectamente expuesta y definida, que era indudablemente lo que se pretendía.

Morris Quinnson seguía en su celda, esperando la ejecución. No había logrado escaparse —como la serie televisiva—, por más que había asegurado repetidas veces que intentaría burlar la vigilancia de sus guardianes.

Los estudios cinematográficos ingleses, empero, habían filmado aquella serie basando el argumento en que el tal psicópata había logrado escapar de la penitenciaría en que se hallaba recluso y había logrado asimismo abandonar el continente americano, yendo a parar a la ciudad de Londres. Donde seguía sus tenebrosas andanzas.

Era aquélla una serie que contaba con gran audición. Los espectadores, ansiosos de que

el corazón se les encogiera, de que el corazón se les achicara, se sentían ante la pequeña pantalla como peces en el agua.

Pero a Natalie Cowers le cansaba tanta truculencia, tanta violencia y muerte, así que, lo dicho, acabó levantándose del silloncito y apagó el televisor.

Luego dejó aquella bonita pieza de su apartamento, confortablemente amueblada, y se fue al dormitorio.

Había decidido acostarse. La verdad es que se sentía cansada, había trabajado mucho.

Su jefe, un agente de Cambio y Bolsa, era un hombre infatigable que exigía mucho a sus empleados. Pero pagaba bien, había que reconocerlo. Y

eso, para ella, era muy importante. Se había propuesto ahorrar y establecerse por su cuenta.

Natalie se sentó en el taburete del tocador. Empezó a cepillarse el cabello.

Se miró al espejo, observándose así misma. Cabello castaño, largo, brillante y vaporoso.

Ojos del mismo tono, que le daban expresión de chica lista, desenvuelta. Un rostro de pómulos un tanto salientes, que evidentemente le otorgaban personalidad.

Se detuvo, con el cepillo en la mano. Había sonado el timbre. Una llamada bastante larga.

Poco después estaba allí, junto a la puerta. La cual abrió sin tomarse la molestia de mirar a través de la cadena puesta.

Ya con la puerta abierta, vio que quien estaba allí era un hombre joven, atractivo, de gesto simpático. Con su metro ochenta como mínimo y la anchura nada despreciable de su tórax, y su mirada profunda y sagaz, debía estar muy mimado por las mujeres. Natalie lo hubiera jurado.

—Hola, vecina —dijo él.

—Hola —contestó ella, si bien demostrando que se sentía un poco desconcertada.

—Soy tu nuevo vecino, el de la puerta de enfrente...

Señaló la puerta, donde no hacía mucho había sido colocada una placa que ponía:

DETECTIVES FOSTER Y CAMERON

—Yo soy Foster... —aclaró el joven—, Edgar Foster... Cameron es mi socio... Es un joven alto y rubio con el que quizá hayas coincidido algún día en el ascensor...

—No recuerdo —contestó ella.

—Bueno, se trata... —sonrió Edgar—, de que como soy un buen detective he averiguado una cosa.

—¿Qué cosa?

—Que eres la muchacha más guapa de este grupo de apartamentos.

—¿Todo eso ha conseguido averiguar?

Natalie no pudo evitar que una sonrisa distendiera sus labios.

—Y algo más —puntualizó Edgar Foster—, te llamas Natalie... Natalie Cowers, trabajas para uno de esos hombres que nunca se cansan de hacer dinero, no tienes novio, eres libre, independiente, y deseas ahorrar unos

cuantos miles de libras para establecerte por tu cuenta.

—Es usted un entrometido, ¿no se lo han dicho alguna vez?

Pero la muchacha seguía sonriendo, así que demostraba a las claras que el joven le caía bien.

—Oh, sí, me lo han dicho muchas veces. Pero no puedo enfadarme por eso, es la verdad.

Siempre me estoy metiendo en los asuntos de los demás. Claro, es mi profesión... —se disculpó.

—No creo que nadie le haya pedido que investigara en mi vida.

—Sí, me lo han pedido —contestó. Y añadió—: En este caso concreto yo he sido mi propio cliente.

—¿Y qué ha ganado, si puede saberse, averiguando todo eso? —preguntó Natalie.

—He llegado a la conclusión de que debíamos conocernos. Y aquí estoy, dispuesto a que seamos buenos amigos. Buenos amigos —repitió en el mejor sentido de la palabra. Lo demás vendrá después... Que, ¿vienes tú a mi apartamento a tomar una copa o paso yo al tuyo? —lo preguntó con gran simpatía.

—De pequeño a lo mejor eras tímido... —a su vez empezó a tutearle—. Bueno, pasa si quieres... Puesto que eres mi vecino, supongo que sería una descortesía por mi parte que me negara...

Y ya dentro, habiendo cerrado la puerta.

—¿Te apetece un whisky?

—Sí, gracias. —Luego añadió—: Hubiera venido antes, pero he esperado a que cerraras el televisor.

—¿Tan alto lo tenía?

—No demasiado, pero tengo el oído fino.

Natalie se acercó al pequeño mueble bar y sirvió un par de whiskys.

—¿Con hielo? —preguntó.

—Si eres tan amable...

Fue a buscar los cubitos a la cocina.

—Toma.

Ya de regreso, le ofreció el vaso con gesto risueño.

—Brindemos —dijo Edgar Foster—. Por ti...

—Y por mi vecino de la puerta de enfrente —contestó ella.

—Un detective —repuso él—, que de ahora en adelante no te perderá de vista ni de noche ni de día.

—A mí no me persigue Morris Quinn —le recordó la muchacha—, Puedo arreglármelas sola.

—De todos modos, nunca se sabe lo que puede pasar en una gran ciudad. Cuidaré de ti.

Oyes —terció—, si al abrirme la puerta te hubieras encontrado con Morris Quinn, ¿cómo hubieras reaccionado?

—Supongo que me hubiera muerto de miedo.

—Pues tienes cara de ser una chica valiente, ¿no lo sabías?

Estuvieron hablando durante unos diez minutos, acaso quince. No más, porque Natalie tenía que madrugar y le dijo:

—Bueno, ahora ya nos conocemos. Será mejor que te vayas.

—Sí, creo que sí —asintió Edgar Foster. Pero no quería irse con las manos vacías, así que aprovechó aquellos últimos segundos—. Estoy pensando en que sería una buena idea que mañana, dado que es día festivo, almorzáramos juntos, por las afueras, en cualquier parador de esos que se encuentran junto a la carretera; ¿qué te parece?

—Bastante bien —reconoció ella.

—Te esperaré abajo —repuso Edgar—. A eso de las once y media, ¿de acuerdo?

—Sí.

—¡Ah, oye...! —dijo Edgar ya en la puerta, a punto de salir—. Debes tener cuidado antes de abrir; la cadena está para algo. Puedes llevarte un susto.

—Te haré caso.

—Y nada de dejar entrar en tu apartamento a los desconocidos.

—De acuerdo, señor detective.

CAPITULO II

Natalie salió del portal y se dirigió hacia el coche de Edgar Foster que veía detenido a unos cuantos metros del edificio de apartamentos donde ambos vivían. Por lo visto no había podido aparcarlo más cerca. El joven detective estaba allí, esperándola.

Apenas dados unos pasos, Natalie reparó en un chiquillo que vendía periódicos.

Natalie solía comprar el periódico todos los días festivos. No así los otros días de la semana, pues le hubiera faltado tiempo para leerlo, incluso para ojearlo. Andaba demasiado ajetreada.

De un modo casi instintivo, Natalie se dirigió al chiquillo. En realidad le iba de paso. El coche de Edgar estaba algo más allá.

Ya con el periódico en la mano, la muchacha siguió adelante.

De momento no leyó lo que ponía en primera página, con letras de tamaño más que regular. Estaba saludando a Edgar y acomodándose en el asiento delantero del coche.

Pero relativamente pronto reparó en lo que ponía en aquel periódico.

«Círculos policiales norteamericanos han notificado que Morris Quinnson consiguió evadirse de la prisión en la que se hallaba recluido.

Hasta ahora, según los mismos círculos, se había silenciado la noticia por considerarse que de un momento a otro iba a darse caza al peligroso asesino, y por evitar, en consecuencia, que rodeara a tal hecho una inútil psicosis de miedo.

Pero Morris Quinnson no ha podido ser detenido —proseguía la información— y la policía ha dado finalmente la noticia para poner en aviso a todos los habitantes.

Parecía que todo acababa allí. Pero no, había más abajo un añadido. Y éste hacía saber lo siguiente:

Se tiene la seguridad de que Morris Quinnson ha conseguido salir de Estados

Unidos. Se asegura asimismo que ha conseguido llegar a Inglaterra. Según se afirma ha sido visto en la ciudad de Londres.

Como tales noticias tienen todos los tintes de ser fidedignas, se hace saber que hay una recompensa de 10.000 libras para la persona que facilite una pista que ayude a su detención. Para ayudar a tal fin, adjuntamos una fotografía de Morris Quinnson, el peligroso psicópata y asesino.

Y en efecto, allí mismo surgía la fotografía del condenado a la silla eléctrica. Un hombre joven, que tenía el cabello pelirrojo, espeso y crespo. Las cejas también eran pelirrojas, muy pobladas. Estas le conferían un aspecto de diablo. Pero lo que resultaba más inquietante de él, era el corte profundo que surcaba la parte derecha de su rostro, llegaba hasta la comisura de su boca y la torcía hacia arriba en un gesto a la vez grotesco y escalofriante. Llevaba barba de varios días.

Exactamente como el actor que le personificaba en televisión. La caracterización no podía, ciertamente, haber sido mejor. Aun así, el Morris Quinnson del periódico tenía otros ojos, más grandes, más oscuros. Eran éstos unos ojos que reflejaban una alucinante e irrefrenable demencia.

—Lee..., lee esto... —dijo Natalie—. Ha sucedido lo mismo que en la televisión...

—¿Qué dices? —preguntó Edgar, mientras se disponía a darle a la llave de contacto.

—Ha conseguido escaparse.

—¿Quién?

—Morris Quinnson.

—¿De qué hablas...?

La muchacha le tendió el periódico y Edgar Foster leyó lo que allí ponía.

No opinó nada, pues en ese momento se oyó un grito, un par de violentos frenazos, y todos los transeúntes se arremolinaron cerca de allí, en el lugar de la calzada que se había producido un accidente de circulación.

Se trataba, en efecto, de un atropello. Algo que sucede a menudo en las ciudades. Un atropello, en este caso, que al parecer no revestía excesiva gravedad.

De ello pudo darse cuenta Edgar Foster al dejar su coche e ir al lugar del suceso a ver si podía prestar su ayuda de algún modo.

No tardó en llegar una ambulancia, la cual se hizo cargo del herido, un anciano ciego.

Poco después el público se había dispersado y Edgar había vuelto ya junto a la muchacha.

En aquel preciso instante se puso a llover torrencialmente, con inusitada fuerza. Como si el cielo se estuviera indignando de la mezquindad de los hombres y sintiera la tentación de ahogarlos.

Que lloviera de aquel modo no sorprendió a la pareja. Lo cierto es que el día había amanecido muy encapotado.

—¿Lo has leído? —preguntó ella, refiriéndose a lo que ponía el periódico. Y mientras él asentía—: Dicen que está en Londres...

—Y ofrecen diez mil libras por una pista —Edgar soltó un silbido—.

¡Quién tuviera esa pista!

—Resulta asombroso que haya sucedido lo mismo que en la serie de la televisión — Natalie sacudió la cabeza, no salía de su perplejidad—. Se ha escapado de la cárcel en que se hallaba recluido, y ha conseguido burlar impunemente la persecución y ha salido de Estados Unidos, y ahora está aquí... Exactamente lo mismo...

—En la vida hay circunstancias muy curiosas —comentó Edgar—. Pero, bueno, tú y yo a lo nuestro. El día no acompaña mucho, pero igualmente lo pasaremos bien.

—Claro que sí —dijo ella.

Aún no estaba el coche en marcha, cuando Natalie, a través de los cristales mojados de la ventanilla, por los que la incesante lluvia no dejaba de resbalar, vio al hombre que acababa de detenerse, un poco más adelante, junto a un coche azul. Un hombre que vestía un impermeable gris oscuro y un sombrero, también oscuro, cuya ala se inclinaba hacia adelante.

El hombre bajaba la cabeza, parecía esconder su rostro de las miradas de los transeúntes. Aunque éstos tenían bastante trabajo con protegerse de la lluvia, que seguía arreciando, en realidad pasaban a su lado sin hacerle caso.

—Ese hombre..., ese hombre... —dijo Natalie, atragantada.

—¿Qué? —preguntó Edgar.

—Ese..., ese... —hizo un gesto y se lo indicó—. Ha levantado un momento la cabeza y le he visto el rostro...

—Bien, ¿y qué? — preguntó.

—Es él..., él... —la voz no le salía, se le detenía a medio camino.

—¿Cómo...?

—Es Morris Quinnson —lo dijo sin lugar a dudas.

—¡Vaya con la que me sales! —exclamó Edgar—. Te ha afectado lo que pone ese periódico, ¿eh?

—No supongas que estoy impresionada y que me dejado llevar por... —Natalie estaba muy nerviosa, nerviosísima—. Te aseguro que es él...

—Mujer, no te lo tomes tan a la tremenda —le rogó—. Aunque se halle en Londres no tiene por qué estar necesariamente ante nuestras narices. Sería rizar el rizo, ¿no te parece?

—Es él... —afirmó la muchacha, esta vez con más voz, con más firmeza —. Estoy segura.

Ante su enérgica afirmación, Edgar miró hacia el hombre del impermeable oscuro y sombrero también oscuro. Quien se disponía a abrir la portezuela del coche azul.

—Si levantara la cabeza verías cómo... —empezó a decir la muchacha.

—¿Cómo quieres que la levante con lo que está lloviendo? El agua cae a

cántaros.

—Pues arranca despacio —dijo ella— y al pasar por su lado fíjate... Cuando esté dentro del coche ya no agachará la cabeza...

—Bueno, para que no digas —asintió Edgar— haré lo que me indicas. No quiero negarte lo primero que me pides. Pero estamos perdiendo el tiempo, que conste.

No obstante, al poner el coche en marcha y pasar lentamente ante el otro, ante el azul, donde el hombre se había ya metido, pudo darse cuenta de que ese hombre y el del periódico eran una misma persona. O por lo menos se parecían como una gota de agua a otra gota de agua.

—Tienes razón, Natalie. Parece Morris Quinnson...

No quiso, pese a todo, precipitar sus juicios.

—Nos es que lo parezca, es que lo es —afirmó ella—. Date cuenta... —y le mostró de nuevo el periódico—. El mismo cabello, la misma cicatriz, idénticos ojos...

—No debemos precipitarnos —dijo Edgar—. Vale más que actuemos con serenidad.

—Pero bueno, ¿qué es lo que vamos a hacer? —se angustió la muchacha.

Edgar acababa de detener su coche. A unos cinco o seis metros había quedado el otro, el azul.

—Esperaremos a que arranque —repuso—. Le seguiremos. Hemos de estar seguros antes de facilitar la pista a la policía.

—Sí, claro —se hizo cargo.

Poco después el coche azul pasaba ante ellos. Al volante iba el hombre del impermeable gris oscuro y el sombrero también oscuro, con el ala caída.

—No se ha quitado el sombrero.

El detalle era significativo y Natalie lo captó en seguida.

—Me parece —repuso Edgar— que nuestro sentimental paseo en coche se ha convertido en...

No acabó la frase, se trataba de maniobrar rápidamente en el volante y de iniciar la persecución.

No era cosa de perderle de vista.

—Pasearemos cualquier otro día —dijo Natalie—, Ahora vale la pena que nos dediquemos a ese hombre. Pone el periódico que se ofrecen 10.000 libras por una buena pista.

—Sí, pone eso —repuso Edgar—, Francamente, a mí no me vendría nada mal ese dinero.

Bueno, la mitad de ese dinero —puntualizó—; la otra mitad te correspondería a ti. Bien mirado eres tú quien le ha visto.

—Pero eres tú quien se atreve a perseguirle.

—Tal vez te hubieras atrevido tú...

—Quizá sí, pero no..., no... —se corrigió a sí misma—. Me hubiera asustado terriblemente. Hubiera desistido.

—Bueno, vamos a medias y no se hable más —replicó Edgar Foster—. En realidad — agregó—, vete a saber lo que nos espera. Y lo que sea vamos a compartirlo, ¿no?

* * *

Iban tras el coche azul, pero a cierta distancia. Se trataba de que su conductor no se diera cuenta de que era seguido.

Y aquello duró más de dos horas, bajo una lluvia continua, persistente.

Luego el coche azul se detuvo ante un edificio situado al pie de la misma carretera. Un edificio que tenía todas las trazas de ser una vieja posada, e indudablemente lo era.

El cielo había aclarado finalmente, así que el hombre del impermeable oscuro y el sombrero también oscuro, pudo salir de su vehículo sin dificultades.

Otro tanto hicieron Edgar y Natalie después de haber detenido su coche tras el otro, aunque a algunos metros de prudencial distancia.

Aquella parada no era más que un alto en el camino, sin duda el hombre del impermeable oscuro y sombrero también oscuro proseguiría la marcha en seguida.

Debían estar preparados, pues, a seguirle. Necesitaban saber adónde iba a parar. Sólo entonces tendrían la pista que buscaban.

Siempre, claro, que se tratara ciertamente de la persona que creían. Aún no podían estar completamente seguros de ello.

Antes de entrar en la posada vieron cómo el personaje en cuestión hablaba con el grueso dueño del establecimiento y cómo éste asentía repetidamente, indicándole, tras entregarle una llave, la escalera que se hallaba a la derecha de la entrada. La que indudablemente conducía al primer piso, a los dormitorios.

Subió por la escalera y desapareció en seguida del radio visual de la joven pareja, por lo que éstos se decidieron, ya sin más, a entrar a su vez en la posada.

Ya allí dentro pidieron dos cervezas y dos bocadillos, y quedaron a la espera de lo que pudiera pasar o pudieran averiguar.

Desde luego aprovecharon la primera ocasión para preguntar al dueño de

la posada por el cliente que acababa de subir la escalera.

—Nos ha parecido conocerle... —dijo Edgar Foster—. ¿Le ha dado su nombre?

—Sólo me ha dicho que estaba cansado y que deseaba reposar un par de horas antes de proseguir su viaje —contestó el aludido—. Me ha pedido una habitación y me ha rogado que le subiéramos algo de comer. Ha pagado por anticipado.

—¿Cómo es físicamente ese hombre? —preguntó Natalie.

—No me he fijado —dijo el dueño de la posada—. En realidad apenas le he visto de perfil. Además —agregó—, con la lluvia parecía haberse resfriado y no apartaba el pañuelo de su cara.

Esto es todo lo que pudieron sacarle, así que se quedaron como antes. Seguían sin saber exactamente a qué atenerse.

Para tomarse las cervezas y comerse los bocadillos, Edgar había elegido una mesa muy cercana a la escalera que conducía al piso. No por casualidad, naturalmente. Estaba dispuesto a actuar, a no quedarse cruzado de brazos.

—Así que sea la ocasión propicia —repuso Edgar a la muchacha— nos iremos escaleras arriba con el máximo sigilo posible. Hemos de saber qué está haciendo realmente ese hombre.

—Ha dicho que descansar.

—Cualquier cosa menos eso —aseguró Edgar—. En consecuencia, nos interesa no perderle de vista.

—De acuerdo.

Llegó una de las camareras, sirviéndoles las cervezas y los bocadillos solicitados.

La camarera era una muchacha metida en carnes, cuyos ojos tenían una mirada a la vez pícara y deshonesta. A voces iba diciendo que ella estaba al alcance de cualquiera. Siempre que ese cualquiera pagara aceptablemente, claro está. Tal requisito era primordial.

Lo cierto es que esa muchacha, que se llamaba Deborah y que acababa de cumplir diecinueve años, deseaba abandonar aquella posada y la pequeña localidad en que vivía.

Para poder instalarse en la ciudad sin excesivos agobios económicos, se le había ocurrido la idea de vender sus encantos a los clientes que, normalmente por una noche pernoctaban en aquel establecimiento. ¿Por qué no? Era una solución como cualquier otra.

La cosa no le iba nada mal. Aunque no excesivamente guapa, era joven y tenía unas carnes muy bien puestas. Se hacía cotizar bastante bien.

Aquel día, al enterarse de que un cliente había pedido una habitación, pero sólo para un par de horas, se dijo que era una lástima que no pensara quedarse hasta el día siguiente.

Pero luego se dijo que ese par de horas podían ser suficientes para que ella le sacara sus buenas libras. Tenía llave de todas las habitaciones y sabría arreglárselas para que el cliente se viera gratamente sorprendido.

Podía llamar, esperar que le abriera, luego sonreírle y llevar la conversación por... Oh, no, demasiado tiempo perdido. A ella le gustaba ir directamente a lo que le interesaba.

En consecuencia, pues, abriría la puerta con su llave, presentándose sin previo aviso.

Bastaría aquello para que el cliente se diera por aludido. Y seguro que se alegraba de su intromisión. Todos se alegraban. Un buen rato, servido así, por las buenas, a ninguno le caía mal.

Cuando Deborah subió la escalera considerando que era el momento adecuado, Edgar Foster consideró, a su vez, que debía seguirla.

—Anda, vamos... dijo a Natalie.

Ella se apresuró a obedecer. Se había propuesto colaborar con la máxima eficacia posible.

Ya en lo alto de la escalera, junto al pasillo al que daban las puertas de las habitaciones,

Edgar se detuvo y la muchacha, imitándole, hizo otro tanto. Pero siguieron adelante en cuanto se dieron cuenta de que Deborah no estaba a la vista de ellos.

—Se ha metido en la habitación de Morris Quinnson —dijo ella.

—Parece ser —contestó él.

Acto seguido se fue hacia la puerta que parecía acabar de cerrarse y se quedó allí, agachado, pegando el ojo a la cerradura.

Entonces vio a Deborah, en el interior de aquella habitación, expresando asombro, perplejidad. Aquello que contemplaba, indudablemente, no había entrado en sus cálculos.

En cuanto al cliente, estaba allí cerca, pero el ojo de la cerradura no le permitía verle.

Veía, sin embargo, su impermeable oscuro y su sombrero también oscuro, y una camisa, y unos pantalones. Esas prendas se hallaban sobre una silla. Estaba claro, se había desvestido para descansar más cómodamente durante ese par de horas que iba a estar allí.

—Usted es... usted es... —oyó que tartamudeaba Deborah.

No llegó a captar la respuesta del cliente.

Oyó tras él, por el contrario, la voz del grueso dueño de la posada, reprochándole su proceder.

—Oiga usted, esto que está haciendo es improcedente y...

—Su camarera se halla dentro de esta habitación —dijo Edgar, tras

incorporarse—. Será mejor que salga ahora mismo. De lo contrario no doy ni un penique por lo que quede de su vida.

—¿Qué dice? —se asombró el dueño de la posada.

—Haga que salga... —insistió Edgar, con el tono firme, convincente.

Un tono que impresionó al buen hombre, quien, tras vacilar un poco, optó por dar con los nudillos en la puerta.

—¡Deborah, tienes trabajo abajo!

—Ahora mismo... Ahora mismo... —respondió la muchacha, y segundos después, al parecer bastante tranquila, salía de la habitación.

Ya no albergando temores respecto a la integridad física de la camarera, Edgar decidió volver abajo, junto a las cervezas y los bocadillos.

—Tengo el estómago vacío. ¿Y tú, Natalie?

—También.

El dueño de la posada se quedó sin saber qué pensar de todo aquello. De todos modos, no quiso darle al asunto demasiadas vueltas. Era un hombre sencillo al que le gustaba simplificar las cosas.

De nuevo en su mesita, Edgar dijo a la muchacha:

—Esperaba que la camarera gritara al encontrarse ante ese psicópata. No, no lo ha hecho...

Y se quedó pensativo.

—Tal vez —repuso Natalie—, no le ha reconocido.

—Sí, le ha reconocido —le hizo saber—. He oído perfectamente cómo le decía, tartamudeando: «Usted es..., usted es...» Sin embargo, a juzgar por su expresión al salir de la habitación, se lo estaba tomando con mucha serenidad.

—Si no le ha delatado —reflexionó Natalie—, es que él debe haberle ofrecido dinero por callar.

—En eso mismo estaba pensando yo. Bueno, de momento no podemos hacer otra cosa que quedar a la expectativa.

* * *

Deborah tardó unos veinte minutos en volver a subir la escalera, y lo hizo, desde luego, cuando el dueño de la posada no pudo verla.

Edgar Foster si reparó en lo que hacía, pero creyó que la muchacha no volvería a entrar en la habitación de aquel hombre. Si le había reconocido y evidentemente había sido así, no iba a ser tan loca como para enfrentarse de nuevo a un peligro del que antes había salido bien librada por milagro. Por milagro y porque debía haber aceptado dinero por callar. De lo contrario,

lógicamente, su suerte hubiera sido muy otra.

Deborah sabía ya el riesgo que podía entrañar volver a ponerse frente a aquel hombre.

Sin duda, pues, le rehuiría lo máximo posible en espera de que se fuera cuanto antes.

Pero Edgar se equivocaba en esto. A Deborah no iba a inquietarle demasiado el hecho de entrar de nuevo en aquella habitación.

Lo demostró subiendo la escalera, enfilando el pasillo y deteniéndose ante la puerta del nuevo cliente.

Esta vez llamó. Pudo utilizar la llave, pero en esta ocasión no tenía por qué hacerlo.

La puerta se abrió en seguida y ella se coló dentro, cerrando a sus espaldas.

—Ya estoy aquí —le dijo.

—¿Lo has preparado todo? —la pregunta surgió rápida—. ¿Puedo ya salir sin que nadie me vea?

—Sí, puede hacerlo —asintió Deborah—. He dejado entreabierta la puerta lateral... Por ahí se encontrará fuera de la posada sin que persona alguna haya puesto los ojos en usted.

—Perfectamente. Pero ahora debo pagarte lo ofrecido... Espera, voy a buscar los billetes, los tengo aquí...

Se inclinó sobre el impermeable oscuro, que seguía sobre la silla, y metió la mano en sus bolsillos.

Pronto había de sacarla, pero no con billetes, que era lo que Deborah esperaba. En su mano surgió un cuchillo de larga y afilada hoja.

Sin dejar que la muchacha saliera de su aterrado asombro, mientras la veía desconcertada y arrollada por la intensidad de su miedo, de su pánico, accionó la mano.

Un gesto rapidísimo.

La garganta de Deborah quedó seccionada de un lado a otro, de oreja a oreja.

La muchacha, las órbitas fuera de sus ojos, se llevó las manos a la garganta. Como queriendo contener la súbita hemorragia.

No lo consiguió. De entre sus dedos fluyó el contenido de sus venas, rojo, pegajoso, caliente...

Quiso pedir auxilio, pero la voz se le ahogó, se le escañó, se le estranguló. No salió sonido alguno de su garganta.

Quedó, entonces, un silencio hondo y profundo, y a la vez terrible y alucinante, entre la víctima y su asesino.

Un silencio que instantes después se vio truncado por el ruido que hizo el

cuerpo de Deborah al caer al suelo. Allí quedó, dando sacudidas. Una tras otra, como si las impulsara un movimiento acorde, rítmico.

Luego las sacudidas se detuvieron.

Deborah había muerto.

Se quedó con los ojos fijos en la persona que había acabado con su vida.

Con esa vida que ella, desde la perspectiva de sus recién cumplidos diecinueve años, veía alegre y divertida como un baile de esos que no concluyen hasta las tantas de la madrugada.

CAPITULO III

Edgar Foster cayó en la cuenta de que hada ya demasiado que la camarera había subido la escalera.

Tenía que haber bajado ya. Esto era lo lógico, había clientes a quienes atender. Su ausencia se dejaba sentir, el trabajo se estaba acumulando.

El dueño de la posada debió pensar lo mismo, pues sin necesidad de que Edgar le indicara nada se decidió a ir en busca de la camarera.

Pocos minutos después le dan gritar.

Subiendo de tres en tres los peldaños de la escalera, Edgar en seguida estuvo arriba.

—¿Qué sucede...?

Había ido hasta la habitación ocupada por el último cliente.

Pero éste ya no estaba allí. Había desaparecido. En el suelo, sin vida, se hallaba el cuerpo de Deborah. Un cuerpo, hasta hacía poco, rebosante de vida. Un cuerpo, ahora, al que la muerte empezaba a transferirle su frío, su helor espeluznante.

Alrededor de aquel cuerpo la sangre había ido formando un charco rojo. Un charco cada vez mayor. De un color rojo violento que por las orillas se estaba ya oscureciendo, ennegreciendo.

—Tiene rasgado el vestido, de arriba abajo... —reparó en ello el dueño de la posada.

Edgar había reparado en algo más. Las bragas de la muchacha estaban en un extremo de la habitación.

No quiso, sin embargo, hablar de ello. Eso hubiera significado perder tiempo, y no podía perderlo, de esto dependía todo.

Dio media vuelta y bajó corriendo la escalera.

—¡Salgamos! —gritó a Natalie.

La muchacha se apresuró a seguirle.

Instantes después se habían metido en el coche y éste había sido ya puesto en marcha.

—Hemos de darle alcance —dijo Edgar.

No hizo falta que el nombre de Morris Quinnson saliera a relucir. Estaba claro que se había referido a él.

—Pero si no le hemos visto salir...

—Lo habrá hecho por alguna otra puerta. —Luego le explicó—: Esa pobre chica ha sido su víctima número siete... La hemos encontrado en el suelo, con el cuello cortado...

—Es así como acaban siempre sus víctimas.

—Ya lo sé —asintió. Y agregó—: Después de matarla ha debido violarla... Estaba con el vestido rajado y sin bragas...

—¿Crees que le alcanzaremos? —preguntó Natalie.

—Ahí le tenemos

Edgar, que había hecho que el coche fuera por la carretera a una gran velocidad acababa de ver, a lo lejos, el coche azul.

—¡Sí, es su coche! —exclamó ella.

—No debe darse cuenta de que le seguimos —aminoró la marcha—. Es de vital importancia que demos con su madriguera.

—Si hubiéramos sabido lo que iba a suceder... —se lamentó Natalie—. Pobre muchacha...

—Los errores se pagan —dijo Edgar—, Nunca debió volver a la habitación de ese hombre. Bueno —zanjó—, ahora ya sabemos que se trata de la persona que buscamos.

Transcurrió más de una hora antes de que el coche azul llegara al final de su itinerario.

Lo hizo cerca de la localidad de Passerman, en un lugar despoblado, inhóspito, cargado de niebla. Niebla entre la que se recortaba, al término de un camino vecinal, la silueta de un enorme caserón.

El coche azul se detuvo ante la puerta principal de dicho caserón, y al poco se dejaba ver de nuevo el hombre del impermeable oscuro y sombrero también oscuro.

Alguien abrió la puerta del caserón sin necesidad de que llamara.

A su vez, Edgar Foster había detenido su coche en la misma carretera. Aún a bastante distancia del camino vecinal.

—Acaba de entrar —dijo Natalie—. Podemos ya avisar a la policía.

—Antes preferiría echar una ojeada por aquí —contestó él.

—¿Por aquí...? —se sorprendió la muchacha.

—Bueno, y por allá —aclaró Edgar—. Me refiero al caserón. Me gustará ver de cerca qué aspecto tiene.

—¿Qué aspecto va a tener...? —se quejó ella—. Tétrico... Anda, vayamos de una vez a avisar a la policía... Ahora ya sabemos dónde se esconde...

—Antes de avisar a nadie prefiero acercarme un poco —repuso—, Yo no tengo miedo.

¿Lo tienes tú?

Natalie lo tenía, claro que sí. Pero no se atrevió a confesarlo y dijo que no.

—Pues, sígueme.

—Sí, sí...

—Hemos de ir a pie. Nadie debe oírnos llegar.

—Claro, claro...

Alrededor del caserón la niebla se hacía más densa, más compacta. Casi parecía algo material, que pudiera cortarse.

Natalie se había cogido del brazo del detective. Para justificarse había dicho:

—Es pleno día, pero no se ve a dos pasos... Así no me perderás de vista...

Durante un par de minutos estuvieron por allí, por los alrededores del caserón, intentando echar un vistazo a través de los ventanucos del sótano. Pero éstos se hallaban herméticamente cerrados, así que no les fue posible ver nada.

Había luz en el caserón, en dos de sus ventanas. El resto estaba a oscuras.

Una de esas ventanas correspondía a la fachada que se orientaba hacia la localidad de Passerman. La otra ventana iluminada se hallaba situada prácticamente al lado opuesto.

Ya habían desistido de averiguar algo más, cuando, encontrándose relativamente cerca de la puerta principal, ésta se abrió de pronto y apareció un viejo sirviente.

Sorprendidos, tanto Edgar como Natalie se quedaron, de momento, un poco desconcertados.

—Buenas tardes —saludó el viejo sirviente, que tenía aspecto de buena persona—. Han llamado, ¿verdad? —Y dando por descontado que así había sido—: Sin duda vienen por lo del anuncio. Son los profesores de francés e italiano, ¿no es eso? Pasen, pasen...

La muchacha abrió la boca dispuesta a responder que no habían llamado y que no iban por lo del anuncio y que no eran profesores de nada y que, sobre todo, no deseaban pasar.

Pero Edgar se le anticipó y lo hizo con unas palabras que llenaron a la muchacha de estupor y de susto. De un susto mayúsculo.

—Sí, somos los profesores que solicitaban en el anuncio... Ella es Natalie Cowers, profesora de italiano... Mi nombre es Edgar Foster, profesor de francés...

—Pasen pasen... —repitió el viejo sirviente.

—¿Qué pretendes? —preguntó la muchacha por lo bajo, con un escalofrío, resistiéndose a moverse de donde estaba.

—Nos ponen el menú en bandeja de plata —dijo Edgar, a su vez bajando el tono—. Hemos de aprovecharnos de ello. A propósito, ¿sabes algo de italiano?

—Un poco —contestó ella.

—Estupendo.

—Pero..., pero...

Y sintió un nuevo escalofrío.

Edgar cogió a la muchacha de la mano y estiró de ella.

Natalie se dejó llevar tan a regañadientes que la verdad es que los pies parecían querer clavársele en el suelo a cada nuevo paso que daba.

Ya en el interior del caserón, Edgar Foster miró a su alrededor. Se trataba de no perderse detalle.

Aquella primera pieza, muy amplia, tenía una escalera a la izquierda. También, a la izquierda, una puerta. Esta, en aquel momento, permanecía levemente entreabierta. A la derecha había otra puerta, muy parecida a la anterior en tamaño y forma, si bien ésta permanecía cerrada. Al fondo de la escalera, incrustada en su hueco, aparecía una tercera puerta, muy pequeña. Sin duda era la que conducía al sótano.

—Síganme, por favor —dijo el viejo sirviente.

Les condujo a través de la escalera hasta el primer piso. Una vez allí les hizo entrar en una estancia donde sólo había un sofá y un par de sillones.

—Siéntense.

El viejo sirviente se retiró y Natalie, entonces, se volvió prestamente hacia el joven detective.

—¿Se puede saber qué estamos haciendo aquí? —le preguntó—. Anda, dímelo. ¡Si nos hemos metido en la boca del lobo!

—No te preocupes, todo irá bien —dijo él, demostrando que tenía los nervios a prueba de bomba—. Yo cuidaré de ti.

—¿Y de ti quién va a cuidar? —inquirió ella—. ¡Oh, esto no me gusta nada!

—¿No lo comprendes...? —él quería que se hiciera cargo—. Metidos aquí nos resultará facilísimo averiguarlo todo... Y ya que hemos tenido la suerte de que nos facilitaran las cosas...

—Pero ¿qué es exactamente lo que pretendes averiguar? ¿Acaso no sabemos ya lo suficiente? Morris Quinnson está aquí...

—Sí, tienes razón. Sabemos eso. Pero si aprovechamos la coyuntura quizá lleguemos a saberlo todo...

—Pero ¿qué es todo?

—No lo sé —dijo Edgar—, De veras que todavía no lo sé.

—Me temo —repuso Natalie— que esto sea una auténtica locura y que tú y yo seamos dos locos.

—Saldremos sanos y salvos de aquí. Mira esto, Natalie.

Y apartando la americana le mostró que llevaba una automática bajo la axila.

—Bueno, algo es algo... —pareció más consolada.

—En principio limítate a proceder como si realmente fueras la profesora que han solicitado en el anuncio. Yo haré otro tanto. De ahí partimos, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

—Hemos quedado en que sabes algo de italiano, ¿no?

—Sí. Pero ¿sabes tú francés?

—Más o menos. Para las primeras lecciones.

—Pero, oye, nos iremos de aquí antes de que tengamos que lamentarlo, ¿no es eso? No darás largas al asunto...

—Claro que no.

—En este caserón está Morris Quinnson, no debes olvidarlo

Y pensar en ello le hizo medio quedarse sin respiración.

—Si se nos pone por delante, tú y yo tranquilos, como si nada. Fingiremos no reconocerle.

—¿Supones que se lo creerá?

—¿Por qué no?

—Si desconfía de nosotros quizá llegue a la conclusión de que estamos de más en este mundo.

—Nos esforzaremos para que no llegue a esa conclusión...

Dejaron de hablar porque oyeron unas pisadas. Pero no eran las del viejo sirviente que les había conducido hasta aquella estancia.

Se trataba de una criada de mediana edad, que tenía un aspecto sumamente agradable.

Todo hay que decirlo.

—Buenas tardes... —fue su saludo, mientras sonreía.

Luego se refirió al espléndido sueldo que iban a percibir y al tiempo no excesivo que deberían permanecer en el caserón.

—Nos parece bien —dijo Edgar, que en realidad no había prestado excesiva atención a los pormenores.

—Sí, nos parece bien —asintió Natalie.

—Pues sean bien venidos —repuso la criada, y volvió a sonreír. Luego agregó—: Vengan, la señorita Quinnson les está esperando... Ah, será mejor que lo sepan —antes de seguir adelante quiso informarles—. La señorita

Quinnson es una joven que no sabe nada de lo que sucede en el exterior...

—¿Cómo...? —preguntó Edgar, y disimuló perfectamente la impresión que había recibido al oír por dos veces aquel apellido.

—Me refiero —siguió diciendo la criada— a que está muy enferma del corazón y a que últimamente, quienes la cuidamos, hemos recibido la orden de no decirle nada que pueda afectarla... Ni poco ni mucho. Esta orden también deberán acatarla ustedes, ¿comprenden?

—No del todo —dijo Edgar.

—Bastará con que se limiten a enseñarle francés e italiano, y eso en breves lecciones para no cansarla, y que omitan todo comentario que pueda referirse a cualquier otra cosa... Por ejemplo, para que se hagan una idea —puntualizó—, la señorita Quinnson no tiene televisor, ni radio, ni lee periódicos... ¿Se hacen cargo de lo que quiero decirles?

—Debe estar muy enferma —en esta ocasión habló Natalie.

—Efectivamente —afirmó la criada—. Pero si la cuidamos mucho tal vez consiga mejorar... Ande, vengan...

Ya sin más les hizo salir de allí, cruzar el corredor a todo lo largo e ir a parar finalmente a una estancia sumamente espaciosa.

En aquella estancia, junto a una encendida chimenea, hundida en un sillón de alto respaldo, se hallaba una joven de unos veintisiete o veintiocho años, muy pálida. Tenía los ojos grandes, oscuros, y el cabello muy largo y rubio.

Recibió con toda cordialidad a Edgar y Natalie, asegurándoles que se sentía feliz con su llegada.

—Ya me he referido al sueldo y demás pormenores —le comunicó la criada—. Están de acuerdo en todo.

—Empezaremos mañana —dijo la señorita Quinnson—, Hoy es mejor que descansen del viaje. En realidad —hizo constar— no será necesario que se afanen mucho conmigo.

Sólo deseo aprender un poco de francés y otro poco de italiano... Para poder desenvolverme decorosamente cuando viaje... Porque voy a viajar así que mejore, ¿saben? Mi hermano me lo tiene prometido. Mi buen y querido hermano Morris...

* * *

Un dormitorio muy aceptable —dijo Natalie—, Por lo menos me lo parecería en otras circunstancias...

—El mío también está muy bien —repuso Edgar—, Me tienes en la

puerta de al lado.

—Mejor así. A propósito, dime, ¿qué te ha parecido la señorita Quinnson?

—Está al margen de todo, esto es evidente. Y desean que siga estándolo...

—Los criados que la atienden parecen buenas personas.

—Posiblemente lo sean.

—Pero Maris Quinnson está aquí, y ellos lo saben, como también saben que es un psicópata asesino buscado por la policía. En consecuencia, no deben ser tan buenos...

—Ese par de criados no creo que sepan que Morris Quinnson está aquí.

—¿Tú crees?

—Es posible. Por cierto —detalló Edgar—, sólo nos han enseñado la mitad del caserón. El resto como si no existiera.

—La otra mitad del caserón quizá esté deshabitada.

—Había luz en una de las ventanas de esa zona, ¿no lo recuerdas?

—Sí, claro, ahora que lo dices... —asintió.

—Me parece que se trata de dos viviendas, por decirlo de alguna manera.

—¿Y supones que los habitantes de una parte ignoran la existencia de los de la otra?

—No del todo. Bueno, de momento sólo puedo adelantarte que me he asomado a la ventana y que el coche azul ya no está donde Morris Quinnson lo dejó al llegar. Alguien, por lo visto, lo ha cogido y lo ha metido en alguna parte. En fin —respiró hondo y ensanchó el pecho—, dentro de poco será la hora de la cena. Entonces veremos con quiénes nos reunimos alrededor de la mesa.

Cuando llegó ese momento, Edgar se quedó gratamente sorprendido. Desde luego había motivos para ello.

La primera persona que avanzó hacia él, saludándole, era una joven de andar ondulante, de líneas curvilíneas, con unos ojos verdes que parecían los de una gata zalamera.

—Me llamo Alexis —se presentó—. Soy la enfermera de la señorita Quinnson.

Como de momento no había nadie más en el comedor, Edgar juzgó oportuno explorar un poco el terreno.

—La señorita Quinnson... Quinnson... —dijo—. Francamente, me suena ese apellido... Y no sé de qué...

—¿Acaso no lee los periódicos? —preguntó Alexis.

—Suelo echarles una ojeada.

Edgar no se inmutó.

Natalie por su parte se limitó a un nervioso carraspeo.

—Será mejor que le informe —repuso Alexis—, La señorita Quinnson es, ni más ni menos, que la hermana de Morris Quinnson, el psicópata asesino condenado a la silla eléctrica...

—¡Ah, sí, ahora caigo! Ya decía yo que ese nombre...

—Pero ella ignora los crímenes cometidos por su hermano, como también ignora el final que le espera.

—Que le espera —observó Edgar—, a menos que consiga evadirse.

—Eso sólo puede conseguirse en una serie televisiva.

—Nunca se sabe...

Y miró escrutadoramente a los ojos verdes de la joven curvilínea.

—Morris Quinnson —dijo ella seguidamente—, es un hombre malo, perverso, que siempre, sin embargo, ha sido bueno con su hermana. Incluso ahora, para que siga sin saber de sus crímenes y del final que inexorablemente le aguarda, le escribe desde la cárcel... Y le escribe a menudo, asegurándole que pronto regresará y que le llevará de viaje por donde más desee.

—Por lo que me cuenta tiene su corazoncito —ironizó Edgar.

—Aquí todos cobramos bien por callar —repuso Alexis—, así callamos. Y la señorita Quinnson sigue ignorando la verdad... Se le prohíbe la televisión, la radio, los periódicos... Ella cree que es por su salud...

—Pero bueno —dijo Edgar—, ¿quién manda en esta casa?

—En cierta ocasión, antes de que Morris Quinnson se viera obligado a abandonar Inglaterra, atracó un banco, ¿no lo sabía usted? Consiguió un botín de doscientas mil libras, que repartió con sus compinches. Estos eran tres sujetos llamados Bill, Roddy y Ronald. Pues bien, esos tres sujetos son quienes se encargan de que, respecto a la señorita Quinnson, todo se haga a gusto de su hermano... Ellos son, en definitiva, quienes mandan aquí, y quienes pagan tan bien que una no puede menos de hacer oídos sordos a todo cuanto oye.

—Comprendo. Pero dígame —veía propensa a hablar a la guapa y atractiva enfermera—, ¿dónde viven esos tres sujetos? —Y sin esperar la respuesta—: ¿Acaso en este mismo caserón, en el lado opuesto a éste?

—Sí —afirmó Alexis, añadiendo a continuación—: Pronto les conocerá, a la hora de las comidas nos reunimos todos aquí.

Cuando los tres sujetos se presentaron, Edgar tuvo que esforzarse por disimular la impresión recibida. Un esfuerzo aún mayor tuvo que hacer Natalie, huelga decirlo.

Eran tres bestias.

Aunque sin duda tres bestias auténticas hubieran tenido un aspecto


menos amenazador.

CAPITULO IV

Cuando se retiraron a descansar, Edgar Foster se metió en el dormitorio de Natalie en lugar de hacerlo en el suyo.

—No veas en mí malas intenciones —bromeó—. Aunque eres una chica preciosa y confieso que me estás enamorando...

—¡Déjate de tonterías! —protestó ella—. Nos hemos metido en un lío espantoso y bastante será que salgamos de aquí por nuestro propio pie.

—Esta noche podemos adelantar mucho en nuestras indagaciones. No ahora, claro, sino más adelante, cuando todos duerman.

—¿Qué pretendes hacer?

A la pregunta de la muchacha respondió con otra. Pero con naturalidad, como si tal cosa.

—¿Te has fijado en la pequeña puerta que hay abajo, en el hueco de la escalera? Sin duda conduce al sótano.

—Bien, ¿y qué?

—Iré a ver qué hay por allí.

—Pero... —se atragantó.

—Debo ir, es una corazonada.

—Pero ¿tú te has fijado bien en esos tres tipos?

La muchacha seguía atragantada.

—¿En Bill, Roddy y Ronald? Sí, claro. Para subir a un ring y ofrecer lucha libre los veo que ni pintados.

—Pues si nos metemos en el sótano y nos los encontramos...

—Hablas en plural —sonrió Edgar—. Así me gusta, que seas una chica valiente.

—No lo soy —dijo ella—. Te aseguro que no. Pero metida ya hasta el cuello en esto...

A eso de las dos de la madrugada, cuando todo era silencio en el enorme caserón, se decidieron a salir de la habitación y a descender la escalera.

Ya abajo, junto a la pequeña puerta incrustada en el hueco de la escalera, vieron que se hallaba cerrada.

—Teníamos que haberlo imaginado —adujo Natalie.

—Claro, y para eso traigo esto... —repuso él, y sacó una ganzúa del bolsillo de su pantalón.

Poco después la puerta estaba abierta, dejando ver un descansillo. Desde el que descendían unos peldaños de madera.

—Aquí está el interruptor de la luz —indicó Natalie.

—Lo accionarás cuando yo te diga —le advirtió Edgar—. Primero bajaré yo y veré si todo está bien. Tú sigues aquí. No te muevas, no vayas a caerte, esto está muy oscuro.

Edgar tanteó los peldaños de madera para evitar que pudiera surgir alguna sorpresa desagradable de buenas a primeras. Luego, cuando vio que ofrecían la firmeza y estabilidad precisas, se decidió a bajar.

Fueron unos veinte peldaños, al final de los cuales la oscuridad se había hecho absoluta.

A excepción de una pequeña y débil raja de luz que salía de debajo de una puerta situada a unos ocho metros de allí.

—Baja —le dijo a la muchacha—. No, no des al interruptor. Baja despacio, con cuidado.

Natalie obedeció.

Ya junto a él se pegó a él de un modo instintivo.

—Date cuenta, ahí hay alguien —repuso él.

—Por lo menos tienen una luz encendida.

—Nos acercamos...

Así lo hicieron.

Pero a través de esa puerta no oyeron nada por más que escucharon, así que Edgar optó por girar el pomo y por meterse dentro.

No reparó en nada en particular. Era aquél un trozo de sótano como cualquier otro. Sin embargo, de una puerta anexa salía una viva luz por un enrejado situado en su parte superior. Esa luz, amortiguada por la distancia, era la que había visto antes por debajo de la otra puerta.

La muchacha había seguido a Edgar. Pero ya éste, adelantándose, estaba mirando a través del enrejado de aquella puerta.

Lo que vio en aquella otra zona del sótano le hizo dar un respingo. Un violento respingo.

También Natalie vio aquello, pues acababa de acercarse.

Allí había cuatro hombres y tres mujeres, todos ellos encadenados de pies y manos. Por lo demás, apenas podían moverse, pues sus cadenas, firmemente amarradas a las paredes, eran muy cortas.

Se sentían exangües, al límite de sus fuerzas. Saltaba a la vista.

Sólo uno de ellos, una mujer alta y delgada, parecía poseer cierta vitalidad. Aunque sus ojos, su rostro, como el de todos los demás, reflejaban un miedo cerval.

—Debemos rebelarnos —dijo la mujer alta y delgada.

—¿Cómo...? ¿Cómo hacerlo...? —inquirió, desesperado, uno de los hombres.

—Cuando aparezcan esos tres sujetos, nos echamos encima y... —empezó a decir la mujer alta y delgada.

—¿Y qué...? —preguntó otro de los hombres—. No nos serviría de nada hacerlo. Son tres bestias, fuertes como toros... Además, nosotros estamos encadenados...

—Claro, no hay nada que hacer —repuso otro de los prisioneros, desalentado.

—Cualquier cosa es preferible al final que nos espera... —apuntó la mujer alta y delgada—. A mí al menos me horroriza acabar...

Y miró hacia un lugar determinado.

Allí había una cortina gruesa, sujeta a una barra de hierro. Esa cortina tapaba algo así a un estrado.

No debía tratarse, empero, de un lugar de honor. Todo lo contrario. El horror que en sus miradas reflejaban aquellos cuatro hombres y aquellas tres mujeres dejaban buena constancia de ello.

—¿Qué habrá allí...? —se preguntó Edgar por lo bajo—. ¿Y qué harán esos encadenados...?

Como tenía sobrada imaginación, se dispuso a darse, no una, sino varias respuestas.

Todas hipotéticas, pero al mismo tiempo sin duda factibles.

Pero no tuvo opción a nada que no fuera ver, a través del enrejado de la puerta, como una persona aparecía en aquel lugar del sótano.

Una persona seguida de tres sujetos bestiales a los que ya había tenido el gusto de conocer.

A partir de ese momento, todos los encadenados, hombres y mujeres, empezaron a jadear, a gemir, a enloquecer la mirada, a sudar a borbotones.

Sabía que una noche más iban a tener que participar en el más espeluznante, alucinante e infernal de los juegos.

* * *

La persona que acababa de presentarse allí era Morris Quinnson. Joven con el cabello pelirrojo, espeso y crespo. Las cejas también eran pelirrojas. Estas le conferían, como en la serie televisiva y asimismo como en la fotografía del periódico, aspecto de diablo. Había un corte profundo en la parte derecha de su rostro, que llegaba a la comisura de su boca y la torcía

hacia arriba en un gesto a la vez grotesco y escalofriante. Llevaba barba de varios días.

—Es la hora... —dijo acercándose, aunque no demasiado, a los prisioneros, y su voz sonó terriblemente brutal, feroz, inhumana, tanto que no parecía la de un ser de carne y hueso—. Como veréis, no me olvidado de la cita que cada noche tengo con vosotros...

Pero lo peor no fue el tono de su voz, ni el sentido amenazante de sus palabras. Lo peor fue la visión de su rostro. Una visión de maldad en su más monstruosa, demencial y estallante expresión.

—No, no... —jadeó una de las mujeres, una anciana cuyos cabellos blancos le caían desgreñados sobre la frente—. Yo quiero vivir... Quiero disfrutar de los años que aún me queden...

—Tenías que haberlo pensado antes —sentenció Morris Quinnson—. Antes de testificar en contra mía... Pero, claro, me veías detenido y camino de la silla eléctrica y todo te parecía muy sencillo... Pues no, no era tan sencillo. —Y su voz brutal, feroz, inhumana resonó siniestramente entre las paredes del sótano—. La prueba, es que conseguí escaparme y que ahora estoy aquí...

—No, no... —jadeó la anciana.

Un jadeo tan atroz y desesperado que apagaba los que proferían los demás.

—Fue un error que regresarais aquí, a Inglaterra —siguió diciendo Morris Quinnson—. Porque es aquí donde he decidido empezar mi venganza. Mi venganza —añadió—, hacia todos aquellos que allí, en Estados Unidos, contribuyeron a que me fuera dictada la última pena.

—Yo no hice nada —sollozó la anciana—. Sólo me preguntaron si le había visto acompañar a aquella chica y...

—¡Basta! —exclamó Morris Quinnson, que vestía un traje muy oscuro —. Todos acudisteis a mi juicio y testificasteis en contra mía... ¡Todos, pues, moriréis! ¡Y lo haréis como queríais que muriera yo!

Acto seguido se dirigió hacia la cortina, hacia la que se volvieron alucinadas todas las miradas, y la descorrió.

¡Apareció una SILLA ELECTRICA!

—No hace falta —se rió Morris Quinnson— que os diga cómo funciona. Más o menos todo el mundo lo sabe. Se le sienta al reo en la silla, se le sujetan los tobillos y las muñecas con estas abrazaderas de hierro, y luego, cuando ya está bien colocado, se acciona esta palanca...

La palanca estaba allí, cerca de un mecanismo que no hacía falta decir qué era. Se trataba de un acumulador de alto voltaje. Es decir, de un acumulador de electricidad a altas dosis. Electricidad que luego se aprovechaba a voluntad.

—Una vez accionada la palanca —se rió de nuevo Morris Quinnson, y su

risa resultó demencial y diabólica—, llega una descarga de 20.000 voltios... Lo que me hubiera esperado a mí, a no ser porque fui listo y logré huir...

Dejó de hablar, observando a unos y otros. Todos seguían jadeando, gimiendo y sudando. Sudando de tal modo que se les había empapado ya las ropas con su propia transpiración.

—Luego de acabar con vosotros regresaré a Estados Unidos y me vengaré de todos los que allí, como vosotros, quisieron mi muerte... Allí son más, muchos más los que deberán morir... Pero antes acabaré con vosotros.

—No quiero morir... —repitió la anciana.

—Puede que te escapes esta noche —dijo Morris Quinnson—. Ya conoces las leyes de este juego. Porque esto, más que una condena a muerte, es un juego... Un juego —agregó— en el que en seguida puedes perder, pero que con un poco de suerte se consigue seguir adelante... Un juego que, eso sí, al final no tiene solución... Antes o después se acaba en esa silla...

Y otra vez se echó a reír.

—Piedad..., piedad... —musitó otro de los prisioneros, no se supo exactamente cuál.

—Bueno empecemos ya —se decidió Morris Quinnson—, Bill, acércales la bolsa...

Era una bolsa de plástico, escariada en su abertura por un cordón.

—Os lo recuerdo —repuso seguidamente Morris Quinnson con su voz inconfundible, brutal, feroz, inhumana, que no parecía la de un ser de carne y hueso—, dentro de la bolsa hay diez bolas. Nueve blancas y una negra. Quien saque la negra morirá esta noche en la silla eléctrica... Pero vosotros sólo sois siete, así que, con un poco de suerte, podéis seguir todos vivos... Hasta mañana, claro, que volveré a haceros otra visita... Manos a la obra —sentenció tras una brevísima pausa—. Acércales la bolsa de una vez, Bill... Empieza por el lado izquierdo, ayer empezaste por el derecho. Hay que hacer las cosas con justicia.

A Bill, el quizá más bestia de los tres, le pareció bien empezar por el lado izquierdo. La primera de la izquierda era la anciana. Era una anciana que no le resultaba simpática.

—No, no... —denegó ésta, y se pasó una y otra vez la manga del vestido por la frente hecha un auténtico mar de sudor—. No quiero morir...

—Si no coges la bola —intervino Roddy, el otro de los bestias—, entonces el juego queda interrumpido... Te elegimos a ti como víctima de esta noche, te llevamos a la silla y...

—No, no... —gimoteó.

—Entonces, coge tu bola y al menos tendrás ciertas posibilidades...

—Sí, sí... —se decidió, en medio de sus gimoteos, a meter la mano en la abertura de la bolsa de plástico.

Allí dentro su mano tembló. Tembló tanto que no acertaba a dar con las siniestras e infernales bolas.

Finalmente eligió una y poco a poco la sacó. Cuando vio que era blanca dio un suspiro de alivio.

Al prisionero que se hallaba a su lado, no obstante, el suspiro de la anciana se le incrustó en el alma. Significaba que ahora iba a tocarle a él.

—Apresúrate —te dijo Ronald, el tercero de aquellos bestias—, No vamos a eternizamos con esto.

El aludido, un hombre de mediana edad, elevó su mirada hacia Morris Quinnson. Quien seguía bastante apartado de ellos, quizá como si en el fondo temiera que en un desesperado arrebato pudieran, a pesar de estar encadenados, lanzarse sobre su verdugo.

Prefería, por lo visto, dejar en primer término a sus tres hombres. A sus tres bestias.

—Por favor... —a aquel hombre de mediana edad, el tono le salió gélido, aterrido, como si la muerte le hubiera apresado ya entre sus garras—. Yo sólo dije que usted solía mirar de un modo especial a las mujeres... Tenga compasión de mí...

—No sé lo que significa la palabra compasión —puntualizó Morris Quinnson—, No está en mi diccionario. Saca una bola o moriréis sin más...

—Sí, sí... —asintió.

Todos acababan igual, obedeciendo. Valía más una esperanza que ninguna.

También su mano tembló dentro de la bolsa. Cuando sacó su bola que resultó ser blanca, se echó a llorar de emoción.

Pero la verdadera emoción, entonces, le tocó a la mujer alta y delgada que poco antes se había rebelado contra aquella situación. Ella iba a ser la nueva participante en aquel juego.

—Ahora tú —dijo Bill—. A ver cómo lo haces...

—Es divertido, muy divertido veros morir así —afirmó Morris Quinnson —. No sé qué haré cuando ya todos halláis muerto...

—Ahora tú —repitió Bill a la mujer alta y delgada.

Esta, que instantes antes parecía la más entera, se desplomó del modo más brusco. E hizo presa en ella el histerismo que había ido acumulando, conteniendo.

Pero no le tocaba otro remedio que obedecer.

Así que metió la mano en la bolsa de plástico.

Cuando sacó su bola...

¡Era negra!

Se puso a mover negativamente la cabeza, gimiendo, gritando, aullando

de espanto, de terror, de impotencia, de desesperación. De todo hubo en su reacción.

—¡Llevadla a la silla eléctrica! —exclamó Morris Quinnson.

La mujer alta y delgada se rebeló con todas sus fuerzas, como una loca, como una posesa. Pero de nada le sirvió. Para aquellos tres bestias, Bill, Roddy y Ronald, resultó sumamente fácil llevarla, más bien arrastrarla, hacia el lugar fatídico.

Aquí quedó sentada, inexorablemente amarrada por las abrazaderas de hierro.

—Hoy te ha tocado a ti —repuso Morris Quinnson, y en sus ojos grandes, oscuros, bajo las cejas pelirrojas que le conferían aspecto de diablo, brilló una luz cruel, perversa, regocijada—. Bueno, se me está ocurriendo una idea... Voy a implantar una novedad a este juego... En lugar de morir ahora mismo, morirás dentro de..., de unos minutos, o tal vez dentro de una hora, o quizá dentro de dos o tres horas... Esta palanca —la informó— puede ser accionada automáticamente desde otro lugar. Desde donde tú no nos veas. Así que, nosotros nos vamos ahora... Accionaremos la palanca cuando nos parezca. Para que lo sepas, la accionaremos tres veces. Serán 20.000 voltios los que sacudirán tu cuerpo...

Hasta entonces te dejamos que vivas intensamente esta propina de vida...

Y se rió de nuevo, en esta ocasión con auténticas carcajadas.

Carcajadas a cuyo término la mujer alta y delgada profirió un alarido larguísimo, tremolante, henchido de horror, de espanto.

Y todavía estaba vibrando en el aire el espeluznante alarido cuando Morris y los tres bestias se habían ido ya de allí.

Quedaron solos los cuatro hombres y las dos mujeres, encadenados. Y la otra mujer, la víctima de aquella noche, amarrada a la silla eléctrica, luchando absurdamente por desaire de las abrazaderas de hierro que inmovilizaban sus muñecas y sus tobillos. Y gritando como quien ha perdido por entero la razón.

Tal vez, sí, el horror, el pavor, habían acabado con su cordura.

Lo cierto es que sus gritos desaforados, tenaces, realmente persistentes, habían de seguir y seguir...

CAPITULO V

Edgar Foster se vio obligado a cerrar los puños y a clavarse las uñas en

las palmas de las manos. Tenía que moderar, que reprimir, que dominar sus deseos de salir en ayuda de aquella infeliz mujer. De lo contrario, Natalie y él estarían irremisiblemente perdidos.

Además, ¿acaso podía hacer él algo en semejantes circunstancias? Nada.

Aquella mujer estaba sentenciada a morir, y nada podía salvarla a no ser que Morris Quinnson cambiara de parecer.

Pero no cambiaría.

Y cada noche moriría uno más...

Así sería mientras alguien no lo evitara.

Bueno, en principio lo que Edgar se propuso evitar era que Natalie o él mismo pudieran ir a parar a aquella alucinante silla eléctrica.

—Regresemos —dijo a la muchacha.

Ya había visto bastante. Desgraciadamente ya no necesitaba ver más.

—Todo esto es horrible —musitó ella, asustadísima, casi no habiendo dado crédito a lo horrible de la escena que había presenciado.

Pero lo había visto con sus propios ojos, no podían caberle dudas, así que tenía que aceptar todo aquello como una realidad. Como una espantosa y horripilante realidad.

Volvieron sobre sus pasos, y poco después subían los peldaños de madera, llegaban al descansillo y se disponían a salir de allí por la pequeña puerta.

Hasta donde estaban llegando los gritos de la mujer alta y delgada. Ya mermados, ahogados, amortiguados por la distancia, pero llegaban.

En eso, de pronto, la muchacha se vio detenida por el brazo. Edgar acababa de sujetarla con fuerza.

—Oigo pasos.

Se quedaron quietos, inmovilizados.

Las voces se fueron acercando y en seguida se dieron cuenta de que se trataba de Bill, Roddy y Ronald.

Se dirigían a la cocina. Tenían hambre, sentían el estómago vacío. Por lo menos esto es lo que aseguraban.

—Siempre me sucede lo mismo —era Bill quien hablaba—. El pánico de los demás me da apetito.

—A mí también me pasa eso —añadió Roddy—, Después de ver a los prisioneros me entran ganas de comerme un buen trozo de pollo asado.

—Chissss... —repuso Ronald—. No vayan a oírnos.

—¿Quién va a oímos? ¿Esa pareja que ha llegado hoy, los profesores de francés e italiano? —preguntó Bill.

—Sí —dijo Ronald—; a ellos me refiero. Ya sabes que nuestro jefe no

quiere que su hermana, bajo ningún concepto, llegue nunca a sospechar cómo es él en realidad. Así que hemos de ir con cuidado.

—Sí, seamos prudentes.

Y Bill bajó el tono de su voz.

Al poco estaban ya en el interior de la cocina. Ya no se oía la conversación que llevaban.

—Salgamos ahora, es un buen momento —repuso Edgar.

La muchacha hizo lo que le decía el detective.

—Sube a tu habitación, yo me reuniré contigo en cuanto pueda —añadió Edgar—. De momento me quedo cerrando esta puerta. Nadie ha de sospechar que hemos estado fisgoneando en el sótano.

Natalie subió lentamente la escalera, procurando no hacer ruido. Mejor dicho, no haciéndolo. Sabía que aquellos tres tipos andaban muy cerca.

Edgar subió instantes después.

La muchacha estaba ya en su habitación. Tenía la luz apagada, pero había dejado la puerta un tanto entreabierta. Esperaba verle aparecer.

—Pasa —le dijo.

Edgar se metió dentro, empujó la puerta, cerrándola y ya tranquilo, o al menos relativamente tranquilo, encendió la luz.

—¿Has conseguido dejarlo todo bien? —te preguntó ella.

—Sí —contestó él.

—No termino de creer lo que he visto...

Como sea que el cuerpo de la muchacha temblara, Edgar Foster se acercó a ella y la cobijó entre sus brazos.

—Todo acabará bien —te prometió.

—¿Tú crees?

Natalie lo veía todo muy negro.

—Lo creo.

—Si estuviéramos a cincuenta millas de aquí...

—Mañana nos iremos —repuso Edgar. Aunque en realidad, no muy convencido de ello, añadió—: Por lo menos lo intentaremos.

—¿Cómo nos las arreglaremos? —quiso saber Natalie.

—Sólo hay un modo —dijo él—, lo haremos con naturalidad. Verás, después del desayuno yo te diré... «Hace un día muy hermoso, ¿quieres que salgamos a dar una vuelta?» Tú me responderás que sí y...

—¿Y si no hace un día hermoso? —preguntó Natalie.

—En ese caso buscaré otra excusa —observó él—. Bueno, como te decía, tú respondes que sí y...

—Y ya fuera del caserón nos largamos a cien por hora.

—Exacto. A menos... —dejó colgados, como un mal augurio, los puntos suspensivos.

—A menos, ¿qué?

—Que nos lo impidan. En fin, esperemos que todo vaya bien. Pero ahora callemos unos instantes... —Y Edgar Foster quedó con el oído atento. Le explicó acto seguido—: Intento oír los gritos de esa mujer. Sí, sí, la oigo, sigue gritando...

—La hermana de Morris Quinnson, ¿la oirá?

—Creo que no. Sus habitaciones están al otro lado exactamente del caserón.

—Sí, es cierto —asintió la muchacha—. A propósito, tengo que decirte algo... No sé... — vaciló, volviendo a temblar toda ella— si estoy exagerando o no, pero la verdad es que..., que...

—¿Tan difícil te resulta sincerarte conmigo? —le sonrió Edgar.

—No, es muy fácil —ella le devolvió la sonrisa—, Pero quizá me tachas de pusilánime...

—No lo haré, prometido.

Natalie se dispuso a contarle algo que, desde hacía un rato, le estaba preocupando enormemente.

—Se trata, no sé si lo sabrás —empezó diciendo Natalie— de que Morris Quinnson violaba y asesinaba a muchachas inglesas... Eran su debilidad. Por lo visto las americanas no le gustaban tanto. Pues bien, solía ir al puerto y esperaba allí la llegada de barcos ingleses. Cuando los pasajeros descendían por la pasarela, él detenía su mirada en las mujeres... Cuando una le atraía y le excitaba más que las otras, se enteraba a qué hotel iba y, bueno, el resto es fácil de imaginar... Por eso, por tratarse siempre de muchachas inglesas, muchos de los testigos que acudieron a su juicio no eran americanos, sino de aquí... Por ejemplo, los padres de las chicas violadas y asesinadas, que hacían el viaje con ellas, o sus hermanos o hermanas, o amigas...

—Lógico —dijo Edgar—, Pero ¿qué tiene eso que ver?

—Mi padre estuvo en Estados Unidos por aquellas fechas —repuso Natalie—. Y fue precisamente mi padre quien, a la salida de un teatro, reconoció a Morris Quinnson, avisando a un policía... Aquella noche le apresaron... A no ser por mi padre —añadió la muchacha—, aún andaría haciendo de las suyas.

—¿Y...? —inquirió Edgar.

—Se me ha ocurrido pensar —dijo la muchacha— que si está dispuesto a vengarse de todos aquellos que en el juicio testificaron en contra suya, no va a perdonar a mi padre.

—Supongo que no —repuso Edgar.

—Y se me ha ocurrido pensar —repitió Natalie—, que puesto que mi padre murió, si se entera de que yo soy su única hija...

Edgar Foster abrazó de nuevo a la muchacha, esta vez aún más cálidamente que antes.

—¿Cuántas veces he de decirte que todo acabará bien?

Le levantó la barbilla y le miró rectamente a los ojos.

Ella no respondió. La verdad es que cada vez estaba más asustada, Y desde que en el sótano había visto todo aquello, no hablemos.

Edgar pensó que, mejor que hablando, podía tranquilizarla de otro modo.

La besó.

Natalie llegó a la conclusión de que era maravilloso estar con vida.

* * *

Iba a irse ya del dormitorio de la muchacha, cuando Edgar elevó la mirada hacia la luz que pendía del techo.

Acababa de apagarse.

Pero fue un apagón momentáneo, al que, al parecer, no había por qué darle importancia. Ya estaba encendida de nuevo.

No obstante, la luz volvió a apagarse otra vez. Y tras haberse encendido de nuevo, se apagó por tercera vez consecutiva.

—Acaban de electrocutarla —afirmó Edgar.

Natalie se echó en sus brazos. Todo aquello era demasiado espantoso para poder soportarlo sin la ayuda de un hombre.

Edgar la apretó contra sí. La muchacha sollozó ocultando el rostro contra su pecho.

—Ten calma —dijo—. Debes tenerla.

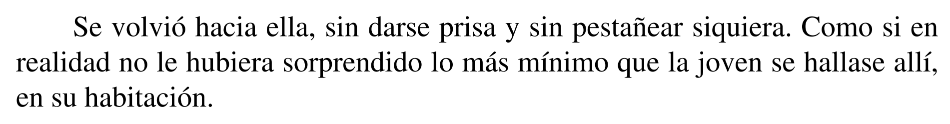
—Sí, sí...

Unos minutos después, al verla más calmada, Edgar la dejó sola. Antes, sin embargo, le dijo que si le pasaba algo elevara la voz. En tal caso él correría a su encuentro, en pocos segundos estaría a su lado.

Ya en su propia habitación, Edgar Foster sacó un cigarrillo y lo encendió. Tenía que reflexionar sobre aquella situación en que Natalie y él se hallaban inmersos. Era preciso saber muy bien lo que hacían. Un paso en falso podía resultar fatal.

Pero apenas había desprendido un par de bocanadas de humo, cuando oyó tras de él la voz de Alexis, la guapa y atractiva enfermera.

—Te estaba esperando.



Se volvió hacia ella, sin darse prisa y sin pestañear siquiera. Como si en realidad no le hubiera sorprendido lo más mínimo que la joven se hallase allí, en su habitación.

—Hola —se limitó a responder.

Se puso en guardia. No podía saber qué intenciones eran exactamente las que guiaban a aquella muchacha tan curvilínea.

—Me has caído simpático desde el primer momento —dijo ella.

—¿De veras...?

Edgar seguía en guardia.

Alexis podía ser en aquel momento, simplemente, una hembra ansiosa de amor. Sus ojos centelleantes hablaban de eso. Pero no debía fiarse. Es bueno no fiarse nunca de nada ni de nadie.

—Desde que estoy aquí —repuso Alexis, acercándose al hombre— me siento muy sola.

Tengo a Bill, a Roddy y a Ronald. Los tres se sentirían muy felices se quisiera acostarme con ellos. Pero qué quieres que te diga, no son mi tipo. Mi tipo eres tú.

—Gracias, preciosa.

—¿En serio me encuentras preciosa? —preguntó, y le echó los brazos al cuello.

El no se había quitado el cigarrillo de la boca y le dijo:

—Vas a quemarte.

—Estoy ansiosa por quemarme en tus brazos. Supongo —repuso seguidamente— que esa muchacha, la profesora de italiano, no es nada tuyo, ¿verdad?

—No de momento —contestó él.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Alexis.

—Que es muy posible que acabe casándome con ella.

—Yo no creo en el matrimonio. Prefiero divertirme sin ataduras.

—Con estas ideas encantarás a muchos hombres.

—¿Y a ti?

—También, pero no hoy... —puntualizó Edgar—, Hazte cargo, preciosa, es mi primera noche aquí. Debo proceder con un poco de seriedad; he encontrado un buen empleo y no quiero perderlo.

—¿Por qué ibas a perderlo? —se amoscó Alexis.

—Si Bill, Roddy o Ronald se enteraran... Seguro que les sentaría mal... O quizá —repuso Edgar—, le sentaría mal a algún otro...

—¿A qué otro iba a ser?

—¿No hay nadie más en este caserón? —inquirió.

—El viejo sirviente —dijo Alexis.

—¿Pero ningún otro hombre...? —insistió.

—No.

—Bueno, sé buena chica y vete. —Edgar se desprendió de los brazos femeninos—. Mañana será distinto. Te esperaré. Qué, ¿vale, preciosa?

—Me había hecho la ilusión de quedarme... ¿Es que no te gusto? —hizo un mohín que incitaba a desnudarla en un santiamén.

Pero Edgar Foster no podía confiar en ella, como no podía confiar en ninguno de los habitantes de aquella casa.

—Me gustas muchísimo —aseguró—. Tendría que estar muerto para que no me gustaras. Pero hoy quiero portarme bien. Ven mañana, preciosa. Haremos el amor hasta que no podamos más, ¿de acuerdo?

Ante palabras tan prometedoras Alexis optó por sonreír y por decir que bueno, que volvería a la noche siguiente.

—Dame un beso como anticipo —pidió, no obstante, antes de irse.

—Es un placer.

El beso estuvo bien, pero que muy bien. A juicio de Alexis pocos hombres la habían besado así.

CAPITULO VI

Todos ellos se reunieron en el comedor a la hora del desayuno.

Edgar preguntó por la señorita Quinnson.

—Casi nunca baja —contestó Alexis—, Hace las comidas en sus aposentos particulares.

Así lo aconseja el doctor, ¿sabe?

—Apenas mejore un poco —dijo Bill— se reunirá con nosotros.

—Esperemos que sea pronto —deseó Edgar.

A partir de entonces hablaron de temas banales, superfluos. Si bien la conversación, sin duda debido a la presencia de aquellos tres tipos tan bestias, no pudo ser amable en ningún momento. El ambiente resultaba sumamente tenso.

—Parece que sale un poco el sol —dijo Edgar momentos después—, ¿Vienes conmigo a dar una vuelta, Natalie?

Alexis hubiera deseado que se lo preguntara a ella. Arrugó el entrecejo. Le miró con ojos de gata agresiva.

—Encantada —contestó en seguida Natalie.

Edgar quedó a la espera de que alguien se opusiera a aquel paseo. Había estado pensando que tenía un noventa y nueve por ciento de posibilidades de que el permiso le fuera denegado de mejor o peor manera.

Pero nadie opuso nada y Natalie y él se dispusieron a salir.

—Hasta luego —dijo Edgar, dirigiéndose a los que aún estaban sentados a la mesa.

Sus esperanzas, sin embargo, se vieron truncadas en el último instante. Bill, Roddy y Ronald, al unísono, se levantaron de sus asientos.

Bill dijo:

—A mí también me sentará bien estirar un poco las piernas.

—Y a mí —añadió Roddy.

—Digo otro tanto — habló Ronald.

El detective comprendió que todo iba a ser inútil. Los tres bestias no se separarían de ellos, imposibilitándoles la huida.

Natalie se descorazonó de mala manera, pero hizo como si no pasara

nada. Se daba cuenta de que era preciso fingir.

Del paseo regresaron pronto. ¿A qué alargarlo si los tres sujetos les seguían como si de su propia sombra se tratara? Además, el sol había desaparecido tras densas nubes y la niebla se estaba haciendo cada vez más espesa, más compacta. Verdaderamente no apetecía pasear.

Ya de nuevo en el interior del enorme caserón, Alexis les dijo:

—La señorita Quinnson desea que vayan.

Se apresuraron a acudir a su presencia.

Edgar se dio cuenta en seguida de que la enferma hacía peor cara que el día antes.

Estaba tan pálida, tan lívida, que parecía ya un ser del otro mundo.

—Acomódense... —murmuró—. Aquí cerca... Los dos...

Se había dirigido tanto a Edgar como a Natalie.

Estos le obedecieron.

La señorita Quinnson se hallaba sentada en el mismo sillón de alto respaldo en que la encontraron el día antes cuando fueron a verla por primera vez. Frente a ella, también como el día antes, la encendida chimenea.

—Tengo que hablar con ustedes —dijo—. Pero, por favor, cierren la puerta. No quisiera que nadie pudiera oímos.

Edgar fue a cerrar la puerta. Luego volvió a tomar asiento, junto a Natalie.

—Aquí suceden últimamente cosas muy extrañas —empezó la señorita Quinnson. En el sillón de alto respaldo, se había inclinado hacia adelante queriendo hacer más sigilosa su confesión—. Cosas muy extrañas... Y aunque quiero saber de qué se trata, nadie me lo dice... Todos callan, aseguran que son figuraciones mías...

—Si en algo podemos ayudarla —repuso Edgar— cuente con nosotros. No faltaría más.

—Esta misma noche —prosiguió diciendo— he oído gritos... Unos gritos que han durado muchísimo rato... Luego dejaron de oírse, pero antes sucedió algo curioso... La luz

se apagó tres veces... Tres veces consecutivas... ¿Qué me dicen ustedes? ¿No han oído gritos esta noche?

—Yo no he oído nada —contestó Edgar, anticipándose a lo que pudiera decir Natalie.

—Yo tampoco —contestó Natalie, sabiendo ya que era esto lo que debía responder.

—Y no es la primera vez que oigo gritos... —les comunicó la señorita Quinnson—. La otra noche también los oí... Pero luego, al día siguiente, cuando le pregunté a Alexis, se limitó a contestarme que debía haber tenido

una pesadilla.

—Tal vez sí —aventuró Edgar.

—No —aseguró la enferma—; no se trató de ninguna pesadilla. En cuanto a esta misma noche, también estoy segura de que... Oigan —dejó la anterior frase sin concluir, para inquirir seguidamente—: ¿han conocido a los tres hombres que viven en la otra parte del caserón?

—Sí —asintió Edgar, de momento considerando oportuno abreviar la respuesta.

—Díganme, ¿no vive nadie más en el otro lado del caserón? El otro día estaba asomada a la ventana poco antes de llegar ustedes y vi llegar un coche azul... Se fue por el otro lado, así que le perdí de vista. Pero puedo asegurarles que el coche azul no se ha ido... Así que yo me pregunto, ¿quién pudo llegar al volante de ese coche?

—Le aseguro que no tengo la menor idea —dijo Edgar.

—Yo tampoco —añadió Natalie.

—Debería sentir aprecio por Bill, Roddy y Ronald —subrayó la señorita Quinnson—. Siempre han sido los mejores amigos de mi hermano Morris, y lo siguen siendo, me consta... Aun así, no sé, de un modo inconsciente me repelen... Debe ser por el aspecto que tienen... ¡Oh!, por favor, no comenten con nadie lo que acabo de decirles —fue como si ella misma se hubiera escandalizado de sincerarse de aquel modo—. La verdad es que ellos se encargan de que nada me falte, de que tenga todos los cuidados que preciso, de que mis más pequeños caprichos se vean satisfechos... Sin embargo —volvía a su expresada sensación—, no sé, no terminan de parecerme dignos de confianza...

—Nos ha mencionado a su hermano Morris —repuso Edgar—. Está en el extranjero, ¿verdad? Creo haberlo oído decir.

—Sí —aseveró la enferma, y echó hacia atrás su larga cabellera rubia—. Está en Estados

Unidos. Lástima... —agregó— que tuviera que abandonar Inglaterra de un modo tan súbito.

—¿Tan súbito...? —inquirió Edgar.

—Y aún no sé exactamente por qué lo hizo —contestó la señorita Quinnson—, Bill, Roddy y Ronald me han explicado los motivos; había de por medio un buen negocio. Pero nunca me aclaran qué clase de negocio. Bueno, como sea —añadió, y se le iluminó la mirada—, Morris es un hermano que no me olvida y que me sigue queriendo tanto o más de lo que me quería cuando éramos pequeños. Pronto regresará, ¿saben?, y entonces nos iremos juntos a hacer un largo viaje... ¡Será maravilloso! Pero, claro, para eso tengo que mejorar... Y aprender un poco de francés e italiano...

—Para eso estamos nosotros aquí, para enseñárselo.

—Podríamos empezar ahora, ¿le parece? —se dirigió a Edgar.

—Estoy a su disposición. Cuando usted guste.

—No sé si los libros de texto que he mandado comprar serán los adecuados. Son éstos...

Se los mostró.

—Sí, son los adecuados —dijo Edgar tras ojearlos un poco—. Aunque hubiera interesado uno más... —puntualizó—. Quizá sería preferible que, antes de iniciar las lecciones, fuera a buscárselo... ¿Quiere que vaya? La localidad de Passerman está muy cerca. Con mis zancadas voy y vuelvo en poco más de media hora.

—Pues vaya, tiene mi permiso —repuso la señorita Quinnson.

Natalie vio que se les abría el cielo. Ahora ya tenían una buena excusa para alejarse del caserón. Y cuando lo hicieran...

Pero se estaba haciendo excesivas ilusiones. La señorita Quinnson había dado permiso a Edgar, no a ella. En aquel momento, pues, la oyó decir.

—Empecemos ahora con la primera lección de italiano...

—Quizá interesara —dijo Natalie— que también yo le comprara los libros de texto más idóneos...

—No, no —denegó la señorita Quinnson—. El italiano me interesa menos. Bastan ya con los que tengo.

Natalie tuvo que tragarse su desilusión. Lo que no le impidió mirar a Edgar y decirle con la mirada: «Bueno, al menos puedes irte tú. Hazlo y avisa a la policía.»

Pero Edgar Foster no estaba dispuesto a irse solo. Por nada del mundo lo hubiera hecho.

—Bueno, bien mirado creo que estos libros bastarán —corrigió Edgar, instantes después—. En todo caso, el libro lo compraremos más adelante.

* * *

A eso de media mañana, Edgar se encontró a solas con Alexis.

La enfermera estaba en la planta baja, en el comedor, sirviéndose un whisky.

—Te creía arriba, con la señorita Quinnson —le dijo Edgar.

—A menudo suele decirme que la deje sola, que ya me llamará si me necesita. Y yo, como es natural, no me hago rogar. Aquí al menos se puede tomar un trago.

—Necesito preguntarte algo.

—¿Si quiero salir a pasear contigo? —ironizó, y sus celos no pudieron pasar desapercibidos—. Por lo que veo, tienes otras preferencias.

—Estamos citados para esta noche, ¿no? No debes sentirte celosa. No tienes motivos.

—Si tú lo dices... —se ablandó.

—A lo que iba, necesito preguntarte algo. ¿Cómo sabes tú que Morris Quinnson atracó un banco consiguiendo un botín de doscientas mil libras? ¿Y cómo sabes que sus compinches eran Bill, Roddy y Ronald?

—Al poco de llegar a esta casa, oí cómo Bill hablaba con Ronald de todo eso —le respondió Alexis—. La verdad es que me quedé tras la puerta, escuchando todo lo que pude... Pero no se lo digas a nadie, ¿eh? Te lo conté a ti porque me pareciste de fiar.

* * *

Unas tres horas después, poco antes del almuerzo, Alexis estaba en el salón. Ojeaba un libro que había encontrado por allí. Intentaba distraerse.

Se le acercó Bill.

—Oye —le dijo—, ¿por qué no vienes un rato a mi habitación?

—No —contestó Alexis.

—Si has aceptado trabajar en un lugar tan apartado como éste, es porque se te paga bien ¿no es eso? Pues si vienes a mi habitación, yo también te pagaré bien. Dispongo de más dinero del que puedas figurarte.

—No soy una furcia, y me estás tratando como si lo fuera.

—No he querido ofenderte —aseguró Bill.

—Anda, déjame tranquila de una vez.

—Me gustas demasiado...

—¿Vas a dejarme tranquila o no? —empezó a impacientarse.

—Lo que voy a hacer es decirte una cosa. Aquí estás en peligro. Tan en peligro que yo de ti me buscaría quien pudiera defenderte.

Alexis levantó sus ojos verdes, más inquietos de lo que podía tal vez esperarse.

—¿Y te ofreces tú a ser esa persona? —preguntó.

—Sí —contestó él.

—¿Por qué has dicho que estoy en peligro...? —inquirió Alexis a continuación.

—Si vienes a mi habitación... Hacemos el amor y luego te lo cuento todo, ¿qué te parece?

Alexis tardó en responder.

—Me parece bien.

Salieron del salón.

Se fueron por aquella puerta que se hallaba a la derecha del vestíbulo. La que, a la llegada de Edgar y Natalie, permanecía cerrada. Era la puerta que daba acceso a la otra zona del caserón.

Ya por allí, Alexis abrió mucho los ojos. Sentía la curiosidad de saber cómo era todo aquello. Si sólo entraban allí aquellos tres tipos tan bestias, por algo debía ser.

Pero lo encontró todo muy normal.

Bueno, en realidad no tuvo tiempo de mirar mucho. Bill la llevó sin dilaciones a su dormitorio, la echó en la cama sin demasiadas contemplaciones y cayó sobre ella como lo que era, un bestia.

Alexis se alegró cuando él se sintió satisfecho.

—Oye —le dijo entonces—, explícame eso de que estoy en peligro...

Últimamente tenía la sensación de que había hecho mal quedándose en el caserón.

Aunque le pagaban bien, muy bien, y aunque de la señorita Quinnson no tenía nada que decir, algo en el ambiente, a su juicio, se estaba haciendo cada día más y más amenazador.

Tal vez había contribuido a ello el saber que Morris Quinnson, el hombre que iba a acabar en la silla eléctrica, fuera el hermano de su joven paciente. Quizá había contribuido a ello el hecho de que aquellos tres tipos resultaran tan..., tan..., tan bestias.

No había otra definición mejor. Puede que hubiera contribuido a ello, finalmente, el que por las noches el silencio no fuera absoluto.

Pero ella no podía afirmar, sin embargo, que hubiera oído nada de particular. De pequeña tuvo una lesión en el oído izquierdo y su audición no era demasiado fina.

—Explícame eso de que estoy en peligro —insistió.

Quería saber a qué atenerse. Después, posiblemente, se iría de allí. No estaba dispuesta a consentir una situación que pudiera entrañar el menor riesgo.

—Tu dormitorio —dijo Bill— es el que está situado más cerca a esta parte del caserón, ¿no?

—Sí —contestó ella, pero sin dar importada a su respuesta.

—De eso se trata —añadió Bill—. Tememos que por las noches hayas oído más cosas de la cuenta...

—Yo no he oído nada —contestó—. De pequeña sufrí una...

Bill no la dejó acabar.

—Debo hacer que calles de un modo definitivo.

—¿Eh...? —inquirió Alexis, y el miedo que de pronto se adueñó de ella provocó un larguísimo escalofrío en su cuerpo.

—Tengo que matarte —dijo Bill, y se puso serio. Su anterior sonrisa se había replegado hacia los perversos y sinuosos recovecos de su corazón, si es que tenía corazón—. He recibido la orden de hacerlo.

—¿La orden de matarme? —tembló Alexis—. Pero ¿quién te ha dado esa orden? —Y como presintiendo algo, aunque no sabiendo ciertamente qué—: Si Morris Quinnson no estuviera lejos de aquí, pensaría que había sido él quien...

—Hemos hecho el amor —repuso Bill— y lo he pasado muy bien contigo. En deferencia a ello, voy a dejarte elegir... ¿Cómo prefieres morir?

—No me gustan estas bromas.

Y Alexis alargó el brazo, buscando sus ropas.

Bill le apartó el vestido, arrojándoselo al suelo. También apartó de ella las sábanas de la cama. El cuerpo de Alexis, joven, curvilíneo, quedó temblando como una pobre hoja que un viento helado agitara despiadadamente.

—¿Qué te parecería morir en la silla eléctrica?

—¡Calla! ¡Calla! —gimió Alexis.

—¿O prefieres que te clave este cuchillo...? —se lo mostró, tenía la hoja larga y afilada—. ¿O acaso optas porque te estrangule con mis propias manos? Lo dicho, Alexis, elige...

Ella no acertó a responder, y Bill le puso las manos en la garganta. Quizá para que se hiciera una idea de lo que podía ser morir estrangulada.

Alexis se mordió los labios, hasta hacerse sangre en ellos, cuando sintió el contacto de aquellas manos que parecían garfios. Un contacto que erizó sus cabellos. Pero consiguió no gritar. No, no quería parecer asustada.

Vano intento el suyo. El pánico brillaba en sus ojos verdes.

—Qué, ¿qué eliges? —preguntó Bill—. ¿Acaso la silla eléctrica?

—En la silla eléctrica sólo se muere en Estados Unidos... No aquí, en Inglaterra, ni en ningún otro lugar... —contestó Alexis.

—No es cierto lo que acabas de decir.

—¿Qué...?

—Aquí, en este caserón, hay una silla eléctrica —afirmó Bill y una expresión de gozo, de regocijo, se removía en sus torvas pupilas—. Cada noche muere una persona...

—¿Que cada noche muere una persona?

—¿Prefieres, tal vez, que te dé una cuchillada mortal? —a la pregunta de ella respondía con otra—. ¿O te gusta más la idea de que te estrangule?

Decídete de una vez.

—Si me estás hablando en serio, es que estás loco, loco..., loco...

Y Alexis había llegado a la certeza de que sólo podía hacer una cosa, ponerse a gritar con todas sus fuerzas.

Pero Bill, de pronto, apretó su garganta con tanta violencia, tan implacablemente, que la voz se le ahogó en la yugular.

Sin que de su boca pudiera brotar sonido ninguno, Alexis empezó a agitar brazos y piernas mientras los ojos, desorbitados, se le salían de las cuencas.

Tenía el rostro ya abotargado de sangre, muy marcadas todas sus venas. El aire no entraba en sus pulmones.

Seguía debatiéndose.

Bill continuó con las manos colocadas sobre su cuello, apretando inexorablemente.

No había esperanza para ella.

Y llegó un momento en que Alexis dejó de agitarse, dejó de moverse. Se quedó totalmente quieta.

Cuando Bill retiró sus manos de la garganta de Alexis, la piel aparecía llena de hematomas. Había tantos como dedos habían acabado con su joven vida.

CAPITULO VII

A la hora del almuerzo, Alexis no se presentó. Claro, no podía presentarse. Estaba muerta.

—Han venido a buscarla —mintió Bill, sin que se alterara su rostro—. Su madre se ha puesto enferma.

Natalie miró a Edgar. Aquello le había sonado muy mal.

Edgar le devolvió la mirada a la muchacha. A él aquello le había sonado pésimo.

—Esperemos que vuelva pronto. Es una chica preciosa —comentó Edgar.

Roddy se dispuso a decir algo. Ronald también. Pero uno y otro callaron. Alguien estaba entrando en el comedor. Era la señorita Quinnson.

—Hoy me encuentro mucho mejor —dijo la recién llegada, dando así una explicación al hecho de haber abandonado sus aposentos—. Prefiero

comer aquí, acompañada.

Se volvió hacia la criada, hacia esa mujer de mediana edad, de aspecto sumamente agradable, que Edgar y Natalie habían conocido al poco de llegar al caserón. Y se volvió asimismo hacia el viejo sirviente, que desde luego tenía aspecto de buena persona.

—Comeré aquí... No, no me regañéis. Es verdad, hoy me encuentro mucho mejor.

—En seguida la sirvo —dijo la criada, con una sonrisa.

—Siéntese —repuso el viejo sirviente, y estuvo pendiente de colocarle bien la silla.

Aquella comida hubiera podido ser mucho más agradable que las otras. Sin embargo, faltaba Alexis y su ausencia se dejaba sentir. Sin duda porque algo estremecedor flotaba entre ellos y parecía indicar que la curvilínea muchacha no volvería a dejarse ver.

Luego del café, Bill, Roddy y Ronald se levantaron de la mesa y se fueron. Dijeron que tenían que hacer.

Edgar, Natalie y la señorita Quinnson se quedaron solos.

—¿Qué es lo que tendrán que hacer...? —preguntó esta última. Sin esperar la posible respuesta de la pareja, les hizo saber—: Lo he decidido, así que pueda iré a ver lo que hay en la otra parte del caserón. Pero iré de noche, cuando nadie se entere de lo que hago. Quedamos en que yo viviría en esta mitad de la casa y Bill, Roddy y Ronald en la otra... Supongo, pues, que no estará bien que me meta a husmear. Pero necesito saber a qué atenerme, ¿comprenden? Esos gritos...

—Necesita cuidarse —le recordó Edgar—, su salud es delicada. Yo de usted dejaría para más adelante...

—También iré al sótano —la señorita Quinnson seguía con su idea fija—. Creo que es de allí de donde salen los gritos...

Se acercó el viejo sirviente para preguntar si deseaban más café y la señorita Quinnson dejó de hablar. Y ya no volvió a hacerlo porque poco después regresó Bill. Se había olvidado el encendedor sobre la mesa.

Para cuando Bill se fue de nuevo, tras echar a Natalie unas cuantas miradas traperas, la señorita Quinnson estaba ya muy cansada. Por lo que, sin más, prefirió volver a sus habitaciones particulares.

—Esta noche —le dijo Edgar a la muchacha— seré yo quien vaya otra vez al sótano. Es preciso que lo haga.

—Sabes con lo que vas a encontrarte —observó Natalie—. Y sabes de antemano que no vas a poder hacer nada.

—Hazte cargo —repuso él—; no puedo permitir que una nueva víctima vaya a parar a esa diabólica silla eléctrica.

—¿Pero acaso puedes evitarlo?

—Llevo una automática.

—De poco va a servirte si...

—De poco me hubiera servido ayer noche, pero hoy las cosas han cambiado sustancialmente.

—¿Sí...?

Natalie no le había entendido.

—Lo suficiente al menos —detalló Edgar— para que me atreva a enfrentarme a Morris Quinnson. Siempre que sea imprescindible, claro —puntualizó.

—¿Qué pretendes hacer? ¿Hasta dónde pretendes llevar tu temeridad? Dímelo, por favor.

—Me gustaría liberar a los prisioneros... —empezó a decir Edgar—. Esto es lo primero.

Aunque mucho me temo que, aunque me anticipe a la llegada de Bill, Roddy y Ronald, no vaya a resultarme fácil...

—Claro que no: están encadenados.

—De todos modos —aseveró Edgar—; no correré excesivos riesgos si voy por el mismo camino que lo hice ayer noche. El sótano tiene otra entrada, por el otro lado del caserón.

Esto es evidente, pues de lo contrario ayer hubiéramos todos entrado y salido por el mismo sitio, encontrándonos... Como no sucedió así, es fácil deducir que ellos van por su lado... No, en principio no correré excesivos riesgos.

—Opino de distinta manera. Vas a jugártela de mala manera —se angustió Natalie.

—No, ya verás cómo no. Sin embargo, en esta ocasión quiero ir solo —la previno—. Tú te quedarás en tu habitación, ¿entendido?

—Sí —contestó ella.

El resto del día transcurrió sin que sucediera nada digno de mención. La más absoluta normalidad pareció presidir todos y cada uno de los pequeños hechos que se desarrollaron allí.

Pero la noche iba echándose encima y a medida que las sombras avanzaban y se pegaban a los perfiles del enorme caserón, Natalie se estremecía. Consciente del riesgo que Edgar Foster iba a arrostrar, temía por él tanto como, en idéntico caso, hubiera temido por sí misma.

La verdad es que Natalie comprendió aquella tarde que se había enamorado por primera vez en su vida.

* * *

Como dando respuesta a los sentimientos de Natalie, fue por la noche, a la hora de cenar, cuando Edgar demostró que quería a la muchacha.

Sucedió que acababa de ser servido el primer plato por el viejo sirviente, y que Bill, que había llegado medio borracho, alargó la mano y la metió obscenamente en el escote de Natalie.

—¡Eh, amigo! —le cortó Edgar, y le habían bastado unos pocos segundos para ponerse en pie, para levantar a Bill de su asiento y para cogerle por las solapas, zarandeándole—.

¡Quietecito o te sacudo!

—¿Sacudirme tú a mí...? —se rió Bill, que debía saber de memoria que el espejo le devolvía la imagen de un auténtico bestia.

—Sí, yo —dijo Edgar, sin achicarse.

Dicho esto se agachó rápido y esquivó el golpe que Bill le dirigía sin más cumplidos.

Después se irguió y fue él quien lanzó el puño cerrado sobre el mentón de su adversario.

Bill recibió el demoledor puñetazo, tambaleándose. Desde su oscilante movimiento, miró a Edgar asombrado, parecía no creerse que hubiera sido capaz de acometerle con tanta contundencia.

Bill rugió, diciendo:

—Esa chica me gusta, y cuando a mí me gusta una chica...

—Elige a otra, no a ésta —repuso Edgar—, Esta chica es mi punto flaco.

—Se las está dando de bravucón, ¿eh?

—Si es necesario, ¿por qué no?

Y Edgar demostró que seguía sin achicarse.

Bill se abalanzó de nuevo hacia él, pero estaba bebido y lo hizo con bastante torpeza.

Lo que favoreció a Edgar, que pudo esquivarle sin más dificultades. Y a su vez volvió a lanzar por delante su puño cerrado. Esta vez dirigido mortíferamente hacia el hígado de su rival.

Bill se encogió como un gusano y gimió como una criatura. Pero al volver a ponerse en forma, demostró por la agresividad de su mirada que aquello sólo había empezado.

Sacudió la cabeza como un perro que sale del agua, para desaturdirse de los vapores de la bebida o quizá del dolor provocado por el golpe recibido en el hígado, y se lanzó hacia adelante.

Sin embargo, no llegó a acometer a Edgar. En aquel preciso momento apareció la señorita Quinnson.

—¡Quieto, Bill! —le ordenó.

Bill se detuvo.

—¿A qué viene esto...? —quiso saber la señorita Quinnson—. Bueno no deseo saberlo.

Solo deseo que se den la mano como dos buenos amigos.

—Por mí no hay inconveniente —dijo Edgar, y tendió su diestra.

A Bill no le hizo la menor gracia que la pelea quedara a medias, hasta aquel instante él había recibido la peor parte. Sin embargo, debió considerar que era su obligación obedecer a la señorita Quinnson, así que estrechó la mano de Edgar como si nada hubiera pasado.

—Así me gusta —sonrió la señorita Quinnson, y se dispuso a cenar con ellos.

Natalie le miró agradecida.

CAPITULO VIII

Edgar Foster dejó su dormitorio para meterse en el de Natalie. Antes de irse al sótano quería darle un beso.

Se lo dio.

—¡Oh, Edgar! —exclamó ella, angustiada—. Parece como si te estuvieras despidiendo de mí...

—De eso nada, ni hablar —bromeó Edgar.

—Pero..., pero... —balbuceó ella.

—Compréndelo, es necesario que salve a esos desgraciados, o que por lo menos haga por ellos lo humanamente posible. Además, no estará de más que averigüe qué le ha pasado a Alexis. No me he creído eso que ha dicho Bill.

—Yo tampoco.

—Temo que haya sucedido algo irreparable.

Poco después, Edgar descendía la escalera y llegaba al vestíbulo.

Una vez allí, en el vestíbulo, le pareció ver como si acabara de cerrarse la puerta que daba entrada a la otra zona del caserón. Pero, quizá, simplemente, se lo había parecido.

Tras permanecer atento y expectante unos segundos, prosiguió adelante hacia la pequeña puerta que conducía al sótano.

Una vez la hubo abierto con la ganzúa, penetró dentro, pisando el

descansillo. Luego descendió con cuidado, con precauciones, los peldaños de madera.

Al final de los mismos, la oscuridad se había hecho absoluta. A excepción de una pequeña y débil raja de luz que salía de debajo de una puerta a unos ocho metros de allí.

Todo igual que la noche antes.

Se acercó a dicha puerta. Escuchó. No oyó nada.

Se decidió a girar el pomo y a seguir adelante.

Así lo hizo, con la mirada puesta en la puerta anexa por cuyo enrejado, situado en la parte superior, salía una viva claridad.

Instantes después miraba a través del enrejado.

Allí seguían los cuatro hombres y las dos mujeres, encadenados de pies y manos. Y seguían sin apenas moverse, pues sus cadenas firmemente amarradas a las paredes, eran muy cortas.

Si la noche antes parecían exangües, al límite de sus fuerzas, la impresión que causaban ahora era aún mucho más angustiosa, mucho más deplorable. Daban la impresión de estar ya medio muertos.

Pero estaban vivos y querían seguir estándolo, y ante lo espeluznante de la muerte que les esperaba, los ojos se les agrandaban del horror que se desbordaba siniestramente dentro de sus cuerpos.

La mujer alta y delgada, la víctima de la noche antes, se hallaba aún sentada en la silla eléctrica.

Muerta.

En la misma tétrica y macabra postura que había quedado tras aquellas tres descargas de 20.000 voltios. Oscura casi negra la piel.

La mirada de los prisioneros, como obsesionada, se clavaban en aquel cadáver. Un cadáver frío, rígido, que a su vez les miraba a ellos.

—Parece decimos —opinó la anciana de cabellos blancos, éstos cayéndole desgreñados sobre la frente—, que si nos hubiéramos rebelado ella no estaría muerta...

—Pero si no podemos hacer nada —se lamentó uno de los hombres—.

Desgraciadamente...

—Tal vez sí —murmuró otro de los hombres—. Aquí en el suelo hay sueltas una larga cadena. Podemos cogerla y así que vengan esos tres hombres...

—Y así que vengan esos tres hombres, ¿qué? —inquirió otro de los prisioneros, éste hasta entonces no había dejado oír su voz.

—Nos echamos encima de ellos, les sometemos y les amarramos con la cadena —dijo el que parecía, ahora, más decidido a presentar cara.

—¿Y nosotros...? —inquirió la otra mujer, ésta era realmente joven—.

¿Cómo nos las arreglamos para escapar? Porque seguimos encadenados...

—Quizá esos hombres lleven cuchillos y con ellos tal vez podamos...

Esta última frase quedó sin concluir.

De lo que Edgar Foster, que seguía mirando por el enrejado de la puerta, dedujo que ya no estaban solos.

En efecto, acababa de presentarse Morris Quinnson. Acompañado como la otra noche de sus secuaces, Bill, Roddy y Ronald. Por lo visto sin ellos no sabía hacer nada:

—Retirad el cadáver de la silla eléctrica —fue la primera orden de Morris Quinnson.

Orden dada con su voz terriblemente brutal, feroz, inhumana, tanto que no parecía la de un ser de carne y hueso—. Y enterradla donde os parezca mejor... Haced hondo el agujero y así cabrá al mismo tiempo la enfermera...

Bill y Roddy se dirigieron hacia la silla eléctrica. A Bill ya se le había pasado la borrachera.

Instantes después, el cadáver frío y aterido de la mujer alta y delgada, que había quedado con la piel oscura, casi negra, era sacado de allí. Se la llevaron por los pies, arrastrándola como si fuera un saco.

Cuando Bill y Roddy volvieron, Ronald, que había permanecido como único guardaespaldas de Morris Quinnson, fue quien dijo:

—Hoy seré yo quien les acerque la bolsa...

Como Morris Quinnson no opuso nada, dando como buenas sus palabras, cogió la bolsa de plástico escañada en su abertura por un cordel. En cuyo interior se hallaban las malditas bolas. Nueve blancas significaban la vida y la negra la muerte.

—Empiezo por ti...

Y Ronald ofreció la bolsa a uno de los hombres encadenados.

—No, no...

Y empezó a jadear, a gemir, a sudar.

—Tienes la oportunidad de sobrevivir, al menos por esta noche —le recordó Morris Quinnson, siempre vestido con el mismo traje oscuro—. No la desaproveches.

Había metido la mano en la bolsa, pero le faltaba el valor de sacar la bola.

—El horror me domina... —musitó.

—Es natural que te domine el horror a la hora de morir —repuso Morris Quinnson—. Pero si os parecía bien la silla eléctrica para mí, ¿por qué os tiene que parecer mal para vosotros? Además decídete de una vez o irás directo a...

—Sí, sí, sacaré la bola.

Finalmente eligió una. Era blanca. Suspiró de alivio.

—Ahora tú... —y Ronald se dirigió a la anciana—. A ver qué suerte tienes hoy...

* * *

Edgar seguía junto a la puerta.

Estaba dispuesto a intervenir, pero consideraba que aún no era el momento adecuado de hacerlo.

Se limitaba a mirar a Morris Quinnson, quien, lo mismo que la otra noche, parecía sentir cierto recelo de acercarse a los prisioneros. Como si, a pesar de estar éstos encadenados, temiera de su posible agresividad.

Pero Edgar dejó de mirar hacia aquel lugar del 9Ótano donde, noche tras noche, los prisioneros debían participar, lo quisieran o no, en aquel espeluznante, alucinante e infernal juego.

Dejó de mirar hacia allí porque oyó un leve ruido a sus espaldas.

Se volvió presto, mientras la mano se le iba instintivamente hacia su automática.

Era Natalie.

—Sí, soy yo... —dijo la muchacha con voz trémula.

—¿Qué haces aquí? —le censuró severamente—. Te he dicho que te quedaras en tu habitación.

—No puedo dejarte solo.

Edgar comprendió que no eran precisas más palabras y la estrechó entre sus brazos. La muchacha se cobijó entre ellos.

Aún estaban así, abrazados, cuando a través del enrejado de la puerta les llegó la voz de Morris Quinnson.

—¡Ahí hay alguien!

La puerta se abrió de súbito.

Edgar hubiera podido retroceder a tiempo, pero para eso tenía que haber estado solo. A Natalie no le iba a ser dado reaccionar con la presteza precisa. Así que ambos se vieron sorprendidos.

Ya la puerta abierta, ante la pareja aparecieron Bill, Roddy y Ronald. Más bestias que nunca.

Morris Quinnson seguía permaneciendo a una distancia prudente. No quería verse, evidentemente, ante enojosos imprevistos.

—Lo que le decía —repuso Bill, dirigiéndose a su jefe—, ese tipo sospecha algo...

—Más que algo —dijo Edgar, soltando a la muchacha y adentrándose en aquel lugar del sótano—, a juzgar por lo que estoy viendo.

—¿Y qué es lo que está viendo...? —preguntó Roddy, chanceándose.

—Unos sentenciados a la silla eléctrica.

—Sentenciados que, antes de morir, participan de un juego... —le explicó Ronald, y éste también se chanceaba.

—Un juego —afirmó Edgar—, que sólo ha podido ser capaz de concebir una mente enferma.

Y miró alusivamente a Morris Quinnson.

—No tan enferma —replicó en el acto el propio Morris Quinnson—, de ser como usted dice, el jurado no me hubiera condenado a la última pena sino a ser ingresado en un sanatorio psiquiátrico.

—Al margen del veredicto de los jueces, yo opino que todo esto... —y echó una mirada circular, deteniéndola en aquella alucinante silla eléctrica—, todo esto... es digno de un perturbado mental.

—En cuyas manos está usted ahora —puntualizó Morris Quinnson.

Natalie había permanecido donde Edgar le había dejado, con los pies clavados, incrustados en el suelo. En aquel momento avanzó hacia el detective y se colgó desesperadamente de su brazo.

—¡Eh, tú, muñeca! —Bill había intentado cortarle el camino—. ¿Por qué no te quedas a mi lado?

—Déjate ahora de romanticismos... —le amonestó Morris Quinnson—. Ahora estamos con nuestro juego... Y puesto que estos dos han aparecido, el juego se amplía...

Ellos también participarán....

Y se echó a reír, muy alto y fuerte.

—Si le detuvieron —repuso Edgar, y su voz no se había alterado lo más mínimo—, yo no tuve nada que ver con ello... Los que están aquí, condenados a morir, es porque de alguna manera participaron en su captura, ¿no? Pero éste no es mi caso...

La respuesta de Morris Quinnson, que seguía sin acercarse fue la que Edgar esperaba.

—Pero es el caso de Natalie... Natalie Cowers... Su padre fue el principal causante de mi detención, y puesto que de su padre no puedo vengarme, me vengaré de la hija... En cuanto a usted —añadió—, me caen mal los detectives.

—¡Y yo que creía ser un profesor francés! —respondió.

—Es profesor de francés en la misma medida que Natalie Cowers lo es de italiano.

Son un par de farsantes.

—Me hago cargo, no me serviría de nada negarlo —dijo Edgar.

—Además, no es usted un detective inteligente —dijo Morris Quinnson —, La verdad es que ha caído en la trampa de un modo lamentable.

—¿Sí...?

Edgar quedó pendiente de que le respondiera aquel hombre joven, con el cabello y las cejas pelirrojas, con un corte profundo en la parte derecha de su cara, corte que llegaba hasta la comisura de su boca y la torcía arriba en un gesto a la vez grotesco y escalofriante.

—En realidad —especificó Morris Quinnson— me dejé ver ante Natalie, en plena calle, para que me reconociera y me siguiera... Se trataba de que Natalie Cowers acabara aquí, junto a esos otros... Ahora bien, en lugar de traerla sólo a ella, les atraje a los dos... No hay duda, diez mil libras son tentadoras... Si me detuve en la posada —asintió seguidamente—, fue para demostrarme a mí mismo que dominaba la situación... Pero, claro, me las arreglé para que me vieran de nuevo, para que no perdieran la pista al coche azul... Lo dicho, cayeron en la trampa de un modo lamentable...

—Asesinó a la camarera —repuso Edgar.

—Sí, lo hice —y Morris Quinnson volvió a reírse, esta vez aún más alto y más fuerte que la otra vez—. Después de llegar al número seis, ¿qué importancia puede tener matar a la número siete?

—Y la violó... —añadió Edgar—. Vi sus bragas en una esquina de la habitación.

—Sí, lo hice —estalló en una carcajada demoníaca.

—Ya veo que el arrepentimiento no es lo suyo.

—Un comentario muy sutil. Pero a lo que íbamos, no es usted un detective inteligente... De serlo, cuando el viejo sirviente les preguntó si eran los profesores de francés e italiano, no hubiera dicho que sí. Sin embargo...

—¿Debo deducir que ese viejo sirviente actúa a sus órdenes? —preguntó Edgar—. Sinceramente me extrañaría. Tiene cara de buena persona.

—El viejo sirviente ignora que yo estoy aquí, como lo ignora la criada y como lo ignora Alexis. Solo que ésta, más espabilada llegó quizá a sospechar más de la cuenta. Fue preciso eliminarla para que cerrara bien la boca.

—Usted pretende, al precio que sea, que su hermana no llegue nunca a saber que...

—Sí, lo pretendo —afirmó Morris Quinnson—. Quiero ser para ella el hermano bueno que... ¡Pero ya basta! —exclamó de súbito—. No conduce a nada hablar tanto. Ronald... —se dirigió al aludido—, sigue con el juego...

—Lo dicho, ahora te toca a ti... —y Ronald se dirigió a la anciana—. Saca una bola...

¿Tiemblas? Sí, claro, temes elegir la bola negra... Pero a lo mejor tienes suerte y es una de las blancas... Anda, ánimo...

La anciana sacó fuerzas de la flaqueza y extrajo una de aquellas bolas. Resultó blanca.

—Ahora usted, detective...

Ronald se plantó ante él con la bolsa de plástico.

—Vamos allá —dijo Edgar, no demostrando que aquello le apurara demasiado.

Pero eso no quiere decir que por dentro estuviera tranquilo. Sabía que, si sacaba la bola negra, tendría, al instante, que sacar también la automática. Todo, pues, se complicaría alarmantemente.

Metió la mano en la bolsa y sacó una bola. Fue, la suya, la primera mano que hizo aquello sin temblar.

La bola fue blanca.

Natalie lanzó un suspiro de alivio. Pero el suspiro se le cortó al ver que la nueva participante era ella.

—Tu turno, encanto... —dijo Ronald.

Natalie quiso estar a la altura de las circunstancias y sacó una bola sin hacerse de rogar.

Al ver que era blanca y que, de momento al menos, se había salvado, las rodillas medio se le doblaron. Edgar tuvo que sujetarla.

—La emoción se intensifica... —dijo Morris Quinnson.

—Ahora tú... —repuso Ronald, poniendo la bolsa al alcance de la otra mujer, la que era relativamente joven.

Esta se puso a sollozar, a llorar histéricamente. Le faltaba el valor preciso para sacar una nueva bola. Presentía que la suya iba a ser la negra.

—No, no...

Y dejando de sollozar, y de llorar histéricamente, sin poder evitarlo empezó a chillar como si le pincharan con púas de cardo.

En eso, Bill, que momentáneamente se había ausentado de aquella zona del sótano, apareció azorado.

—¿Qué sucede? — preguntó Morris Quinnson.

Por lo visto sucedía algo anormal.

—Su hermana, jefe —dijo Bill.

—¿Qué le pasa a mi hermana? —preguntó.

—Me ha parecido oír un ruido y he ido a ver quién... Está allí con los ojos inundados de lágrimas... Acaba de averiguarlo todo...

—¡No! ¡No! —exclamó Morris Quinnson, y su expresión, por primera vez, pareció humanizarse.

* * *

Morris Quinnson giró sobre sus talones y salió de allí rápidamente. Su hermana no debía estar muy lejos; hasta ellos llegó perfectamente su voz. Si bien era una voz ahogada y estrangulada por la congoja, por la desesperación.

—¡Morris, todo esto que estás haciendo es horrible, monstruoso! ¡Y yo que te creía bueno, bueno...!

Ambos debieron alejarse porque ya no se les volvió a oír.

Pero todos quedaron pendientes del regreso de Morris Quinnson. De lo que dijera cuando volviera a aparecer dependía todo, y dependía, sin lugar a dudas, la vida de uno de ellos.

Vigilando a los encadenados, y a Edgar y a Natalie, se quedaron Bill, Roddy y Ronald.

En realidad eran tres bestias para vigilar a una sola persona, a Edgar. Los encadenados no necesitaban vigilancia y la muchacha por su parte no ofrecía peligrosidad ninguna.

Edgar pensaba en que su única ventaja, aunque muy estimable por cierto, estribaba en que aquellos tres tipos tenían una mollera de pájaro. ¿Cómo si no podía comprenderse que no se les hubiera ocurrido mirar si llevaba pistola?

Bueno, mejor así, eso favorecía su porvenir y el de Natalie, que desde luego estaba dispuesto a defender como fuera.

Transcurrieron varios minutos de fuerte, de violenta tensión. Durante los cuales los encadenados se miraron varias veces entre sí, como preguntándose si era aquél el momento de acometer a los tres guardianes. Bien mirado, si elegían ese momento, tendrían sin duda la ayuda de aquel detective y de la muchacha que le acompañaba.

Sin embargo, no se decidieron a actuar, a pesar de que la anciana miraba repetida y significativamente la larga cadena que había allí cerca.

Pero también, allí, muy cerca, estaba la silla eléctrica y su sola contemplación les causaba mortales escalofríos, privándoles, en consecuencia, de toda posible reacción.

Se oyeron pisadas. Todos dejaron de respirar.

Ya ante ellos, el peligroso psicópata les sorprendió con estas palabras.

—El juego queda interrumpido, al menos por esta noche. En cuanto a esos dos... — señaló a Edgar y Natalie— pueden regresar a sus dormitorios — y exclamó, como en un furioso arrebato—: ¡Y agradézcanselo a mi hermana, no a mí!

CAPITULO IX

Edgar Foster hizo un gesto irónico, mordaz, no pudiendo menos de comentar:

—Se lo agradecemos mucho, es usted muy amable.

Ya fuera del sótano, de nuevo ambos en la habitación que le había sido destinada a la muchacha, Edgar amplió:

—Creo que debemos ir a dar las gracias a la señorita Quinnson.

—A no ser por ella —dijo Natalie—, quizá ya estuviéramos muertos.

—Para eso tenía que haberles dado yo mi venia a esos tres tipos —repuso Edgar—, Y recuérdalo, llevo una automática... Por cierto, para que lo sepas y te tranquilices en lo posible, soy tirador de primera, no fallo una.

—De todas maneras, mejor que la señorita Quinnson nos haya tendido una mano, ¿no crees?

—Por eso te he dicho de ir a darle las gracias.

Salieron del dormitorio y ya en el corredor recorrieron éste a todo lo largo.

Fueron a parar a esa estancia sumamente espaciosa, donde había una chimenea y donde, en un sillón de alto respaldo, encontraron la primera vez a la señorita Quinnson.

Y donde la encontraron, asimismo, la segunda vez, cuando les mandó llamar.

También habían de encontrarla allí en esta ocasión.

Apenas llamaron a la puerta, les respondió:

—Adelante.

Su voz había sonado sumamente débil.

Ya en el interior de la estancia, ambos se percataron de que la señorita Quinnson estaba tambaleante.

—¿Vienen a darme las gracias? —inquirió—. No, no me las den.

—¡Oh, sí! —exclamó Natalie, sumamente agradecida—. Le debemos...

Pero lo cierto es que Edgar Foster interrumpió a la muchacha.

—Señorita Quinnson, me gustaría preguntarle una cosa.

—Dígame.

Y fue entonces, con un acento absolutamente firme y seguro, cuando Edgar le preguntó:

—Oiga, señorita Quinnson, ¿se puede saber hasta cuándo se ha propuesto usted jugar con nosotros como lo hace el gato con el ratón?

La aludida quedó desconcertada, dejando de tambalearse.

—¿Cómo...? — inquirió.

—Digo que ya está bien de esta comedia. —Y Edgar agregó—: Si cree que me ha estado engañando, se ha equivocado.

Y para que el asunto quedara aún más claro, Edgar sacó una pistola y encañonó a la señorita Quinnson.

—¿Qué haces...? —se sofocó Natalie.

—Si intenta una nueva jugarreta, dispararé —previno Edgar a la señorita Quinnson—. Le advierto que no tengo manías. Por cierto, está cargada —fe aseguró—. Y voy a demostrárselo para que no confíe en lo contrario...

Dirigió la pistola hacia la ventana y disparó dos veces consecutivas. El cristal quedó con dos agujeros, éstos rajados en infinidad de direcciones en forma de sol.

—¿Qué significa todo esto...?

Y los grandes ojos oscuros de la señorita Quinnson relucieron por primera vez de un modo siniestro.

—Significa que cuando Natalie salió de su apartamento, compró el periódico a un chiquillo que encontró a su paso —empezó a decir Edgar—, Usted sabía que tenía la costumbre de comprarlo... Así que dio por seguro que, si ponía a aquel chiquillo ante ella, el periódico se lo compraría a él... Sí, así fue... Por cierto —puntualizó—, el periódico lo había mandado imprimir usted... Ni la foto era auténtica, ni lo que allí ponía tampoco...

Se crispó violentamente la expresión de la señorita Quinnson. Se crispó hasta hacerse desquiciadamente maligna y terroríficamente demoníaca.

—Morris Quinnson —siguió diciendo Edgar— no ha logrado huir de la prisión en que se halla recluido. Sigue en su celda esperando el día y el momento de ser ejecutado en la silla eléctrica y de pagar así todos sus horribles crímenes.

—¡Maldito! ¡Maldito! —rugió la señorita Quinnson.

—La serie de televisión le dio a usted la idea... —repuso Edgar, sin pausas—. La idea de hacer creer a todos aquellos que habían contribuido a la detención de su hermano, que éste se había evadido y que había regresado dispuesto a vengarse... Así que, con unos cuantos periódicos impresos usted sabrá dónde, ha ido cazando a cuantos ahora están en el sótano, encadenados... No podía fallar, diez mil libras de recompensa es mucho dinero... Además, que la fotografía del periódico correspondía exactamente a quien luego, como cebo, se dejaba ver... Esa persona era, ni más ni menos, usted misma...

Los labios de la señorita Quinnson se estiraron en una mueca odiosa,

repelente, que desfiguró por completo su rostro. Ya no tenía nada de aquella muchacha al parecer indefensa. Ahora era sólo un pequeño monstruo.

Un monstruo al que seguía apuntando la pistola de Edgar. Mientras, Natalie empezaba a salir de su enorme asombro.

—La felicito por su caracterización, señorita Quinnson —repuso Edgar—. Mejor aún que en la serie televisiva... La felicito también por el tono de voz que ha dado a su imaginario hermano... Una voz impresionante por lo brutal, por lo feroz, por lo inhumana...

—Acabaré saliéndome con la mía —murmuró la señorita Quinnson, rechinando los dientes de cólera.

—Para que en el caserón nada dejara de ser aparentemente normal y corriente —dijo Edgar acto seguido—, contrató al viejo sirviente, y a la criada y a Alexis. Ellos estaban al margen de todo y la creían a usted, única y exclusivamente, una pobre enferma a la que había que ocultar quién era ciertamente su hermano... Así las cosas, usted estaba en inmejorable disposición de desempeñar la personalidad de su hermano... Para eso le bastaba caracterizarse, acudir a la otra zona del caserón y protegida por esos tres esbirros de Bill, Roddy y Ronald hacer que los prisioneros sufrieran el tormento de Tántalo...

Edgar se detuvo unos segundos. Pero estaba dispuesto a proseguir.

—Pero con Natalie y conmigo se pasó... Primero, se detuvo en la posada y se comportó como si realmente fuera Morris Quinnson... Por eso, luego de matar a la camarera, le quitó las bragas... Pero ¿por qué mató realmente a la pobre muchacha? Confieso que al principio creí que era porque, en efecto, usted era el auténtico Morris Quinnson... Miré a través de la cerradura de la puerta y oí perfectamente cómo la camarera le decía: «Usted es..., usted es...» Sí, supuse que quería decir... «Usted es Morris Quinnson...» Pero ahora lo comprendo perfectamente, quería decir solamente: «Usted es una mujer..., una mujer...» Sus ropas estaban sobre una silla, así que la deducción, ahora, resulta sencilla...

—Sí —afirmó la señorita Quinnson, silbeando las palabras entre sus apretados dientes—. La camarera entró sin avisar y me encontró apenas con ropa puesta... Me la había quitado para sentirme un poco más cómoda mientras permanecía allí... También me había quitado lo que cubría mi rostro, caracterizándolo... Sí, vio que yo era una mujer... Pero conseguí inventarme una historia y hacérsela creer... También le ofrecí dinero, claro... El dinero siempre lo allana todo... En conclusión, fue ella misma la que me facilitó la salida por la puerta lateral de la posada... Por lo que, teniendo asegurada la escapatoria, pensé que lo mejor era eliminarla, así no se iría de la lengua... Sí —afirmó seguidamente—; lo de las bragas se me ocurrió para que tanto Natalie como usted no dudaran de que yo era Morris Quinnson...

—Al llegar aquí, el viejo sirviente nos confundió con los profesores de

francés e italiano, lo que yo consideré una buena oportunidad, eso nos facilitaba el colarnos dentro —siguió diciendo Edgar—. Pero en lugar de llevarnos directamente al sótano, con los demás, usted optó por dejarnos hacer creer que éramos nosotros los que engañábamos.

Llegamos a lo que le decía antes, empezó a jugar con nosotros como el gato con el ratón...

—Sí, sí —asintió la señorita Quinnson—, Me ha divertido mucho hacerlo. Por lo demás, antes o después les llegaría el mismo final... ¿Por qué, mientras tanto, no reírme de los dos?

—Me ha dado tiempo a pensar... —repuso Edgar.

—Por mucho que haya pensado, sigue estando donde está, en mi poder.

—Es usted, señorita Quinnson, a quien apunta mi pistola, ¿es que no se da cuenta?

—Tengo tres hombres a mis órdenes, ¿es que lo ha olvidado? —Tras una corta pausa, la señorita Quinnson había de decir a continuación, con el indudable propósito de justificar a su hermano, por el que, evidentemente, sentía un morboso y enfermizo cariño—: Mi hermano atracó un banco, ésa fue su primera fechoría. ¿Quiere saber por qué lo atracó, por qué cometió aquélla su primera mala acción? Yo se lo diré... Le había confesado su sincero amor a la hija del director del banco y ella le había menospreciado porque era pobre... ¡No pudo resistir la humillación y quiso, de pronto, tener dinero, mucho dinero!

Lo logró, pero la policía le perseguía, le acosaba, y comprendió que iba a tener que cambiar de aires... Fue entonces, apenas consiguió una buena documentación falsa, cuando repartió el botín según estaba acordado. La mitad para él y para mí, y la otra mitad para Bill, Roddy y Ronald. Por lo que sus tres cómplices se quedaron bendiciéndole.

Ellos por sí solos nunca hubieran sido capaces de un golpe de tal envergadura.

—¿Por qué me explica todo esto? —preguntó Edgar.

—Para que comprenda que Bill, Roddy y Ronald me van a ser fieles hasta el final. Y para que comprenda que el violar y asesinar a seis mujeres, no ha sido en mi hermano más que una reacción lógica e inevitable ante el odio que su primer desengaño amoroso engendró en él. Y para que comprenda —repitió— que yo no estoy dispuesta a consentir que usted me gane esta partida... Estoy enferma del corazón, mi vida no durará mucho... Pero durará lo suficiente para que mi hermano sea vengado...

—¿Y si le dijera, señorita Quinnson, que la partida va a perderla de todas maneras? —Y fue Edgar quien ahora quiso explicarle—. Ha cometido muchos errores, ¿sabe? Cualquier persona, por poco suspicaz que fuera, habría caído en la cuenta de ello... Por ejemplo, cuando mató a la camarera de la posada, se llamaba Deborah, ¿no es eso? Pues bien, cuando la mató a ella y

nosotros dimos con su cadáver, la encontramos fría... Lo que demostraba que hacía ya rato que estaba muerta... ¿Cómo, entonces, el asesino, no había tenido tiempo de huir? Porque en seguida dimos de nuevo alcance al coche azul... Se desprendía de tal análisis, pues, que Morris Quinnson era el primero en no querer que perdiéramos su pista...

—Un detalle a su favor —observó la señorita Quinnson.

—En cuanto a que Deborah aceptara el dinero que usted le ofreció, y que era fácil comprender que le había ofrecido, tampoco, el hecho en sí, podía aceptarse por las buenas... —Edgar seguía enarbolando sus puntos de vista—. ¿Cómo iba la camarera en cuestión a conformarse con unos cuantos billetes si en realidad la policía ofrecía diez mil libras por la captura de Morris Quinnson? La respuesta lógica sólo podía ser una... El que ofrecía esas libras no era, ni mucho menos, el famoso Morris Quinnson.

—Otro detalle a su favor —reconoció la señorita Quinnson.

—En cuanto a que Morris Quinnson, en el sótano, haya permanecido siempre alejado de los encadenados —continuó Edgar—, ¿qué significaba? ¿Que les tenía miedo? No, no me parece normal que un hombre como Morris Quinnson se mostrara tan asustadizo.

Otra idea, pues, venía en seguida a la cabeza... No quería que nadie le mirara de cerca...

Pero, bueno, ¿y eso por qué? Podía tratarse de una caracterización... Y si, en efecto, de eso se trataba... magnífica, por cierto, todo hay que hacerlo constar...

—Le he dicho antes que no era un detective inteligente —repuso la señorita Quinnson—. Y ahora corregiría lo dicho a no ser...

—¿Por qué...? —inquirió Edgar—. ¿Porque el día que Natalie y yo salimos a dar un paseo no aproveché la ocasión para huir...? Hubiera podido hacerlo, claro que sí, a pesar de esos tres tipos... Tenía la pistola y no me hubiera costado... Pero no, no quise hacerlo porque aún no había llegado a averiguarlo todo... Ahora sí, ahora ya sé exactamente cómo va todo el tinglado...

—Pero ya es tarde para usted. ¡Y yo me congratulo de ello! —exclamó—. Porque odio, con la misma intensidad que pudiera odiar mi hermano, a quienes le hicieron daño... ¡Y puesto que él está condenado a morir en la silla eléctrica, en la silla eléctrica morirán todos aquellos que...!

—Yo comprendí, desde el primer momento, que aquel periódico era falso — la interrumpió Edgar.

—¿Y de qué le sirvió comprenderlo —inquirió la señorita Quinnson—, si a pesar de eso se ha metido hasta el cuello en mi madriguera?

—Me sirvió de mucho comprenderlo —especificó Edgar—, ¿Se acuerda de aquel accidente de coche, señorita Quinnson? Un hombre ciego fue

atropellado y todo el mundo se arremolinó alrededor del lugar del suceso... Yo también acudí, y la verdad es que aproveché la confusión reinante para acercarme a una cercana cabina telefónica y para llamar a mi compañero, a mi socio... Es detective, claro está, y se llama Cameron... Le dije que me siguiera con su coche y que, si lo consideraba preciso, hiciera intervenir a la policía en el momento oportuno... Le dije, por descontado, de qué asunto se trataba...

Pero, bueno, hasta que salí a dar ese paseo al que antes aludíamos, no he estado seguro de que mi compañero hubiera conseguido seguirme... De saberlo de fijo no hubiera matado usted a aquella mujer; en mi presencia su silla eléctrica no habría acabado con la vida de nadie... Pero no sabía exactamente a qué atenerme, así que me vi obligado a demorar mi intervención... Pero sí, al salir a dar ese paseo, junto a mi coche, que había dejado detenido allí cerca, vi el de mi compañero Cameron... Quedé, pues, tranquilo...

Podía ya actuar a mi comodidad...

La señorita Quinnson se había quedado tensa, envarada. Aquellas palabras no le habían gustado. De ser ciertas, todo se habría complicado de un modo excesivo. Hasta límites, posiblemente, dramáticos.

—¿Cómo va a saber su compañero, ese tal Cameron, cuándo es el momento oportuno de intervenir? —la señorita Quinnson quiso demostrar más serenidad de la que realmente sentía.

—Muy sencillo —la informó Edgar—, Quedamos que intervendría cuando yo efectuara dos disparos consecutivos.

* * *

—¿Qué...?

Y la señorita Quinnson había comprendido, puesto que los disparos habían sido ya efectuados, que estaba atrapada, o que por lo menos la cosa se había puesto muy fea.

—Además —dijo Edgar—, la sigo apuntando, ¿no?

—¡Cuidado, Edgar! —avisó Natalie al ver que Bill avanzaba a sus espaldas.

Por lo visto Bill había oído los disparos y acudía presto a ayudar a su jefe, o mejor dicho, a su jefa.

Edgar Foster no llegó a tiempo de esquivar del todo el golpe que le dio en la cabeza la culata de una pistola. Pero aunque cayó redondo y se quedó quieto, lo cierto es que seguía con todo su conocimiento, dispuesto, si era necesario, a abalanzarse contra quien fuera. Contra Bill, Roddy o Ronald. Los tres estaban ahora allí.

De todos modos, Edgar prefirió hacer ver que se había desvanecido. Así ganaba unos segundos, primordiales dadas las circunstancias.

Posiblemente, viéndole sin sentido, se desentenderían de él, le dejaran tranquilo.

Tenían bastante trabajo con pensar como escaparse de allí.

Natalie se inclinó sobre él, angustiada.

—¡Edgar, vuelve en ti, no me asustes!

En aquel preciso instante, lo que Edgar ya se esperaba, varios coches llegaron a la fachada principal del enorme caserón, y una vez detenidos se quedaron iluminando con sus focos hacia arriba. Rasgando la oscuridad y la niebla.

Eran coches de la policía, con su sirena rompiendo el silencio de la noche.

También había otro coche. Este era el del detective Cameron.

—¡Vienen a darnos caza! —barbotó la señorita Quinnson, y dirigiéndose a sus tres secuaces—: ¡Disparad contra la policía! ¡Disparad!

La obedecieron, pero los resultados no pudieron ser más desgraciados. Ronald y Roddy, apenas empezaron a hacer funcionar sus pistolas, fueron alcanzados por los disparos de la policía. Ambos. Casi a un mismo tiempo.

—¡Necesitamos las metralletas! —exclamó la señorita Quinnson al ver que ya no podía contar con dos de sus hombres, dirigiéndose a Bill, al único que quedaba.

—¡Vamos a buscarlas! —y Bill se precipitó fuera de la estancia—. Están en el sótano.

—Sí, en el sótano —asintió la señorita Quinnson y siguió a Bill.

Edgar continuó inmóvil. Hasta que Natalie y él quedaron solos. Sólo entonces abrió un ojo y luego el otro.

—Te creía sin conocimiento... —dijo la muchacha.

—Debo seguirles —repuso Edgar, poniéndose en pie—. No deben apoderarse de las metralletas.

La señorita Quinnson y Bill habían bajado hasta la planta baja y habían abierto ya la pequeña puerta que, bajo el hueco de la escalera, daba acceso al sótano.

No era la entrada habitual para ellos, pero era, en esta oportunidad, el camino más corto. Y de eso se trataba, de llegar cuanto antes al sótano y de apoderarse de las metralletas en el mínimo espacio de tiempo. Con éstas en la mano todo sería muy distinto.

Al entrar donde estaban los encadenados, ni pusieron en ellos su mirada. Ahora carecía de importancia el horror que en mayor o menor medida pudieran sentir. El juego había dejado de ser divertido para convertirse en

algo terriblemente amenazante.

La señorita Quinnson y Bill corrieron hacia el armario donde estaban guardadas las metralletas. Un armario situado a unos dos metros de la silla eléctrica.

Donde, por descontado, nunca hubieran podido llegar los hombres y las mujeres allí encadenados. No hubieran podido hacerlo ni aunque sus cadenas fueran largas, y eran cortas, tanto que casi les imposibilitaba el moverse.

Ya con una metralleta en su poder, la señorita Quinnson sonrió perversamente. No, no estaba todo perdido y haría pagar cara su vida.

Bill, con otra metralleta en sus manos, también sonrió, y no menos perversamente. Se veía capaz de eliminar a cuantos se le pusieran por delante.

Pero, de súbito, ambos soltaron frenéticamente sus respectivas metralletas.

Edgar había aparecido y les disparaba...

No a matar, pues de haber pretendido tal cosa lo hubiera logrado a la primera.

Había disparado a sus manos, que heridas y sangrantes soltaron sus armas de forma violenta. De forma tan brusca y violenta que las metralletas fueron a parar muy lejos.

Fueron a parar, por lo demás, una junto a la otra. Y la que había estado en manos de Bill se quedó encima mismo de la silla eléctrica.

En aquel momento, los ojos desquiciados de aquellos hombres encadenados que noche tras noche habían sufrido el horror de un juego diabólico, se volvieron prestos hacia la anciana de cabellos blancos. También dirigió su mirada hacia ésta la otra mujer, la que era relativamente joven.

¿Qué decían aquellas miradas?

Ciertamente no pudieron ser más elocuentes.

Si Bill intentaba recuperar las metralletas, y sin duda lo intentaría, podía resultar muy fácil acabar con él. ¡Habría ya uno menos!

Para acabar con él bastaría que la anciana cogiera la cadena larga y suelta que estaba en el suelo a su alcance, y que, doblada en dos, la lanzara sobre la palanca que hada accionar la silla eléctrica.

Si una vez alcanzada la palanca tiraba con fuerza de la cadena...

La anciana entendió lo que aquellas miradas le decían. Lo entendió en el acto.

Y no, no le faltó decisión a pesar de sus años. Quería seguir viviendo y para conseguirlo estaba dispuesta a hacer lo imposible.

Se agachó, cogió la cadena, la lanzó certeramente doblada en dos sobre la palanca y...

Bill se había precipitado sobre las metralletas. La señorita Quinnson

había hecho otro tanto. La única oportunidad que tenían era aquélla.

Edgar pudo volver a disparar, pero se abstuvo, aunque estaba dispuesto a accionar el gatillo. En verdad sólo esperaba verse obligado a hacerlo. Se resistía a llegar a situaciones límite.

De acabar con sus vidas, sin embargo, se iba a encargar la anciana.

Estiró de la cadena en el momento exacto. La palanca cedió...

Se produjo la descarga eléctrica de 20.000 voltios.

Descarga que pasó a través de las metralletas y que engarfió espeluznantemente las manos que las sujetaban.

En consecuencia, los cuerpos de la señorita Quinnson y de Bill sufrieron unas sacudidas espantosas, horribles, y acabaron en el suelo, encogidos, hechos un ovillo. Tétricamente inmóviles. Oscura, casi negra la piel.

La palanca había vuelto automáticamente a su sitio.

No, no haría falta accionarla de nuevo.

La señorita Quinnson y Bill ya no existían, ya no alentaban. Habían muerto electrocutados.

Un final que convulsionó, que retorció la expresión de sus rostros de un modo horripilante.

Un final que ellos debían estar lejos de esperarse.

Pero se habían encontrado ante la cerrada y sinuosa curva de su destino y no habían sabido maniobrar el volante de sus propias vidas.

Un final, sin embargo, que ni al mismísimo diablo debió sorprenderle.

CAPITULO X

Edgar Foster esperaba a la muchacha, junto a su coche.

Natalie apareció sonriente en el portal de la casa de apartamentos donde ambos vivían.

—¿Adónde quieres que vayamos? —le preguntó él.

—Elige tú —contestó ella.

—Por el camino decidiremos, ¿te parece?

Edgar puso la radio. Esperaba que sonara alguna música romántica.

Pero oyeron la voz del locutor, que estaba retransmitiendo el diario hablado.

«Esta madrugada Morris Quinnson ha sido conducido de su celda a la silla eléctrica. La última pena, dictada por los jueces, ha sido cumplida. El psicópata asesino fue llevado entre varios guardianes. Se sentía dominado por el horror a la hora de morir.»

FIN



EDITORIAL
BRUGUERA, S. A.

PRECIO EN ESPAÑA
60 PTAS.

Impreso en España